

plan would surely be to reduce the light
so that the readers would not have more of
than they would get in an ordinary room
well-lighted — say by a good duplex lamp.
Our eyes are much too valuable
possessions to run any risks with!
Very truly yours
C. L. Dodgson.

Ignacio Padilla

CUENTOS

El androide y las quimeras

Phonograph
THE GREATEST WONDER OF
THE AGE.
A FRENCH JOINTED DOLL, RECITING IN A
CHILDISH VOICE ONE OF A NUMBER OF
WELL-KNOWN NURSERY RHYMES.
Size, 22 inches. Price, \$10.00.
Now for sale at
SCHWARZ' TOY BAZAAR,
45 East 14th St., Union Square, N. Y.
For C. O. D. or on receipt of price.

Ignacio Padilla

El androide
y las quimeras



Ignacio Padilla, *El andriote y las quimeras*
Primera edición digital: mayo de 2016

ISBN epub: 978-84-8393-536-1

© Ignacio Padilla, 2008
© De esta portada, maqueta y edición, Editorial Páginas de Espuma, S. L., 2016

Voces / Literatura 112

Nuestro fondo editorial en www.paginasdeespuma.com

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

Editorial Páginas de Espuma
Madera 3, 1.º izquierda
28004 Madrid

Teléfono: 91 522 72 51
Correo electrónico: info@paginasdeespuma.com

*A Eva, mi origen,
quien sin ombligo me duele en el costado.*

*A questo si deve, probabilmente, se mi è rimasto tutta la vita quasi il sospetto di essere esclusa dal mondo allegro
e scintillante della felicità. Sospetto di cui non riesco a liberarme neppure quando so con certezza di essere felice.*

Alberto Moravia, *La romana*

I
EL ANDROIDE EN NUEVE TIEMPOS

LAS FURIAS DE MENLO PARK

El primer cargamento se perdió en el Atlántico a mediados de octubre. Seiscientas niñas de cerámica se ahogaron a escasas millas de Rotterdam sin que hubiera dios ni ayuda para impedir esa zozobra de encajes, piernas, brazos y ojos de vidrio que miraron sin mirar a los peces que no podrían devorarlas. Ahí seguirán ahora: sonrientes, mudas, hacinadas entre algas como en la fosa abierta en el jardín de un pederasta, estrafalario sueño de fotógrafos marinos y coleccionistas de juguetes que estiman el valor de cada muñeca en poco más de mil trescientos marcos alemanes.

Frente a esa cifra desmedida, se vuelve difícil creer que Edison pagó por ellas poco menos de dos dólares, cantidad que aun entonces se diría irrisoria. En una carta fechada en vísperas del naufragio, el inventor felicita encarecidamente a Bernard Dick, su adelantado en Europa, por el éxito de sus negociaciones con los fabricantes de Nuremberg, y llega incluso a anticipar que, si las muñecas resultan efectivamente adecuadas para su proyecto, las ganancias de esa primera entrega le permitirán muy pronto abrir en Nueva Jersey una fábrica que les ahorre la importación de ejemplares europeos.

Mucho menos efusivo es el telegrama que Thomas Edison dirige a su socio en cuanto tiene noticia del desastre. El monto de la pérdida le parece ahora estratosférico, casi un crimen si se añade a la factura el costo de los numerosos avatares que se vienen presentando en su camino desde que entró en la carrera por crear un juguete parlante. No sólo han transcurrido ya siete largos meses desde que Dick inició su onerosa búsqueda de la consorte ideal para el fonógrafo de Edison, sino que sus competidores de la empresa sureña *Toys and Gadgets* amenazan con lanzar al mercado un ingenioso artefacto que, en palabras del propio inventor, hará parecer a sus criaturas meros fósiles sonoros.

No hay registro de la carta o telegrama con que Bernard Dick habría respondido al rapapolvo de su socio, pero es verosímil pensar que prefirió mandarlo todo al diablo para volver enseguida a su natal Chicago, donde se sabe que murió tres años después, hidrópico y asediado por una legión de acreedores entre los que no faltaron los siempre temibles abogados del despacho de Menlo Park.

El sucesor de Bernard Dick en la aventura de las muñecas parlantes supo paliar su juventud con un sentido de la previsión y un encanto personal que haría las delicias de Edison durante casi veinte años. Consciente de que el malhadado Dick había hecho sin embargo la elección correcta en Alemania, Charles Nervez se las ingenió para convencer a su jefe de que adquiriese otras mil muñecas y se ocupó de enviarlas en tres barcos distintos oportunamente asegurados. Él mismo regresó de Europa con el último cargamento en mitad de una borrasca que estuvo cerca de enviarle a compartir la suerte de las muñecas de Bernard Dick. El barco, con todo, amarró finalmente en Nueva York la nublada tarde del 6 de octubre de 1885. El propio Edison, que había viajado desde West Orange para recibirle, le esperaba ya en el muelle, cruzado el rostro por una sonrisa en la que aún se percibía su temor a un nuevo naufragio. Exhausto, lívido, inepto todavía para creerse en tierra firme, Nervez apenas pudo delegar a un asistente el desembarco de las muñecas y se dejó llevar del brazo de su jefe con un ánimo que conjugaba la satisfacción del deber cumplido y cierta inexplicable tristeza.

Entrevistado décadas más tarde por el editor del *Times*, Charles Nervez recordaría con un estremecimiento su vuelta delirante a la fábrica de Thomas Edison en Nueva Jersey: un suplicio, señor mío, dos interminables horas en automóvil donde tuve además que soportar la inusitada

locuacidad del inventor explicándome cada fase del proceso, cada argucia fabril, cada una de las imprecaciones que pronunciarían esos imbéciles de *Toys and Gadgets* cuando supiesen que al fin habíamos conjurado la maldición de las muñecas parlantes. E invocaría también, como quien narra sin desearlo un mal sueño, su entrada en el recinto amurallado de West Orange: el enorme edificio de ladrillo rojo, los portones carcelarios al abrigo de la noche, aquel galerón inmenso donde máquinas dentadas y fonógrafos minúsculos aguardaban como larvas hambrientas la llegada de sus novias alemanas. Por espacio de un segundo, el joven empresario se sintió engullido por un escualo inmenso, una bestia durmiente cuya entraña suspiró de pronto con las notas de una canción de cuna. Incrédulo, Nervez buscó en la sombra el origen de esa música improbable. Caminó a tientas entre planchas de concreto y poleas, tropezó con un cajón repleto de muñecas desmembradas y juró por sus ancestros que no volvería a viajar en barco. Finalmente dio con una puerta que al abrirse le mostró una ristra de cabinas de madera donde una veintena de mujeres entonaban sin tregua la primera estrofa de *Jack and Jill* ante boquillas doradas que enseguida le hicieron pensar en una serpiente enhiesta e insaciable.

Lo que Nervez no dice en la entrevista es que fue ahí y entonces cuando vio por primera vez a la desdichada Claudette Rouault. No afirma ni recuerda que detuvo en ella la mirada y le sorprendió que una mujer tan joven pareciera no obstante tan agraviada por los años, tan maternalmente triste. De inmediato comprendió que las otras mujeres no diferían mucho de aquella, pero fue sin duda Claudette, pálida y transida por su infinita canción, quien se clavó en su delirio como una flecha envenenada. Quizá esa misma noche, tiritando de fiebre en un lujoso hotel de la calle Reviere, Nervez abrió incontables veces la misma puerta y soñó con los labios de la muchacha repitiendo su canción cien, doscientas, mil veces al día. Y acaso fue también entonces cuando intuyó que el proyecto de Thomas Edison estaba irremisiblemente condenado al fracaso. Al principio tuvo que ser sólo eso: un presagio, una vaga asociación de ideas en las que él mismo no alcanzaba a comprender sus dudas sobre el asunto de las muñecas ni el vínculo que estas pudieran tener con su visión de la muchacha. Acaso esa noche, en la alta mar del sudor y la fatiga, el recuerdo de Claudette fue para él uno de esos signos soterrados del desastre que sólo salen a flote cuando es demasiado tarde. Sin duda el tiempo terminaría por dar consistencia a sus temores, pero lo hizo de manera tan enigmática, que Nervez tardó aún muchos años en reconocer que su delirio de esa noche había encerrado la consistencia atroz de una profecía.

No quisieron la suerte o la ansiedad de Nervez que la fiebre le durase demasiado, escasas dos noches si se cuenta la de su llegada a West Orange. El tercer día estaba ya de vuelta en la fábrica, no curado, no entero todavía, pero ya dispuesto a comprender los pormenores de la empresa que su socio le había recitado en el trayecto a Nueva Jersey. Esa mañana, Edison le recibió de mal talante, casi ofendido por su convalecencia. Sin apenas saludarle, le exigió un informe detallado de sus gastos en Europa y poco faltó para que estallase cuando su joven socio ensayó al aire un inocente comentario sobre las muchachas que darían voz a las muñecas. Horas más tarde, un oficinista incontinente le confesó que también Bernard Dick había expresado en su momento ciertas dudas sobre las condiciones en que trabajaban aquellas muchachas, no por filantropía, sino porque era a todas luces osado esperar dulzura en las voces de quienes pasaban hasta doce horas recitando una misma tonada a cambio de un salario de hambre. No desconocía Nervez la triste fama de su socio en lo que hacía al trato con sus empleados, pero aun así no dejó de extrañarle que se mostrase tan poco dispuesto a atender un consejo en el que se jugaba tanto su prestigio de empresario como buena parte del éxito comercial de su ya atribulada empresa.

Demasiado pronto asumió Nervez que el tema de las muchachas era no sólo inabordable,

sino francamente incomprensible. Aunque estaba claro que a Edison le inquietaba poco el bienestar de las muchachas, era también evidente que estas provocaban en él una mezcla de despecho y fascinación rayana en la monomanía. Al esfuerzo del viejo por aparentar indiferencia en la proximidad de sus empleadas, Nervez fue añadiendo con el tiempo signos contradictorios que acabaron por parecerle inquietantes: un guiño involuntario, un bufido inopinado, la respiración acelerada de Edison cuando perdía un tiempo precioso reprendiendo a las muchachas menos como un patrón inconsecuente que como un padre exasperado que no acaba de entender por qué le ha dado Dios un hijo idiota. Alguna tarde Nervez tuvo que aguardar casi dos horas para arrancarle a su jefe la firma del contrato con sus distribuidores del Pacífico. Eran casi las once cuando un Edison sonrojado y esquivo le recibió en su laboratorio y rubricó el documento sin siquiera revisarlo. Cuando Nervez dejó la fábrica, le picaba aún en la memoria la congoja de haber percibido en aquel reino de espirales y probetas un indiscreto relente de jazmines mezclado con sudor y jabón barato.

La fabricación vertiginosa de la primera serie de muñecas se prolongó hasta mediados de invierno. Presa del frenesí que le invadía cuando estaba a punto de lanzar un nuevo invento, Edison iba de un lado a otro impartiendo órdenes, corrigiendo la posición del fonógrafo minúsculo en la espalda abierta de tal o cual muñeca, asegurándose de que cada ejemplar fuese cuidadosamente vestido, numerado y colocado en una caja colorida que tenía sin embargo un aire de ataúd navideño. También Nervez se dejó cegar por aquella actividad demencial, y es probable que hubiese olvidado para siempre sus más negros vaticinios de no ser porque, justo en esos días, Claudette Rouault decidió ahogarse en las aguas de un río embravecido. No es que la noticia le tomara por sorpresa, pero le dolió como si lo hubiera hecho. Cuando leyó en el diario la esquila que habían pagado a la muchacha sus antiguas compañeras de trabajo, se reprendió por no haber sabido detenerla y casi pudo ver la mancha de su ausencia en las cajas que en ese instante abandonaban la fábrica para iniciar su triunfal gira por las tiendas de Boston y Nueva York. Pensó en ella, recordó su cabeza reclinada ante la boquilla del fonógrafo, su cansancio tremebundo, el hueco que solía dejar para pasar largas horas en el laboratorio de Edison o el que dejó definitivamente cuando la despidieron por haber robado una de las muñecas traídas de ultramar. Una ráfaga de viento helado entró entonces por las puertas del galerón y quemó los ojos a Nervez mientras este volvía a leer el nombre de la muchacha en el diario. Entonces el rostro añorado de Claudette se transformó en otros, y eran de repente las demás mujeres, sus colegas hasta hacía poco, quienes le hablaban desde aquellos días aciagos para pedirle que abogara por la pobre muchacha: dígaselo a Edison, señor Nervez, pregúntele cómo espera que esa niña pase el invierno, él sabe mejor que nadie que la muñeca que cogió le pertenece como si fuera su propia hija.

Pero a Nervez le había faltado el valor para escuchar tales ruegos, esas voces que empezaron siendo dóciles y terminaron maldiciendo por lo bajo al Mago de Menlo Park. Ahora lo sabía, e intuía asimismo que el fantasma amoratado de Claudette iba a cobrarle cara su negligencia. Sin decir palabra recortó la esquila, la guardó en su bolsillo y se encerró en su oficina anticipando el día de muchos años después en que un periodista del *Times* o un admirador cualquiera le extrajese sus memorias sobre Edison. Casi pudo ver sus manos de viejo sobre la mesa, su cuerpo ansiando una muerte apacible y su boca desdentada hablando sin convicción de una ahogada encinta en un río o del escándalo, oportunamente silenciado, de una segunda serie de muñecas parlantes que extrañamente terminaban su versión de *Jack and Jill* con cierta estrofa inesperada y macabra. Algo cantaban esas voces de rencor, algo sugerían aquellos versos sobre

un mago, un embrujo y una princesa muerta. Mas no hay modo de saber exactamente qué decían: de esa segunda serie de muñecas parlantes se vendieron apenas treinta, y todas ellas fueron readquiridas por Edison para borrarse luego con sus hermanas de la faz de la tierra.

Las furias de Menlo Park obtuvo
en 2003 el Premio NH de Relatos

ROMANZA DE LA NIÑA Y EL PTERODÁCTILO

En ese entonces Mary Anning era apenas una niña, tan menuda, tan frágil que daba miedo tenerla cerca, como si bastara un suspiro para desbaratarla. La única señal visible de sus diarias excursiones al ribazo estaba en sus rodillas, que asomaban bajo el bias de su vestido exhibiendo cicatrices con el mapa de una infancia transcurrida entre olas, farallones puntiagudos y fósiles milenarios. Horas antes de conocerla, mientras la esperaba en su casa, pregunté a su madre si no le atormentaba que la niña un día sufriese un accidente allá abajo, no sé, que se rompiese una pierna o quedase atrapada por la marea, incapaz de remontar la agreste pared de roca que al parecer había cobrado cara su imprudencia a más de un nadador experto. Al oír esto la mujer me preguntó a mansalva si tenía hijos. Le respondí que no y ella sonrió complacida por la llaneza de su argumento. Luego me entregó un cuaderno donde la niña había retratado sus últimos hallazgos y fue a sentarse sin más junto a la ventana.

Mary Anning llegó al anochecer. Entró despacio, cerró la puerta con cuidado, besó a su madre en la mejilla y me estrechó la mano con la precoz solemnidad de quien estaba acostumbrada a hallar extraños aguardándola en su casa. Su madre le preguntó dulcemente si había encontrado algo nuevo en los acantilados. No, dijo la niña, he estado limpiando al señor Browning. Y diciendo esto nos mostró una filosa navaja de trasquilar y una escobilla que había visto mejores tiempos. Su madre entonces le ordenó que se lavase las manos, pues su padre no tardaría en llegar y la cena estaría lista en un minuto.

Después supe que Mary Anning bautizaba a sus fósiles con nombres de seres fantásticos o de gente de su pueblo, por lo general ancianos e inclusive algunos muertos. Supe, por ejemplo, que el soberbio ictiosaurio que hoy se exhibe en el Museo de Ciencias de Estocolmo había sido para ella el señor Suitcliff, y que los dos magníficos plesiosaurios de Cambridge ostentaron una vez los nombres de las hermanas Weavend, que en el pueblo de Mary Anning tuvieron bien ganada fama de alcahuetas y hechiceras. Rapunsel era el cráneo casi intacto de un pteranodonte que terminó sus días en el Museo Peabody, donado por los reyes de Holanda cuando la niña que lo había hallado y vendido por escasas treinta libras hacía mucho que había dejado de creer en princesas, brujas y dragones.

Lo que nunca supe ni supo nadie es el nombre que la niña daba al pterodáctilo que acarreo fama, dinero y mil jaquecas a su comprador, el discutido Edvard Nieven. A juzgar por los bocetos que de él se conservan en el Museo de Ciencias Naturales, aquel fósil era el más completo y mejor conservado de cuantos obraron nunca en los anales de la paleontología. Quienes lo vieron aseguran que aquella bestia parecía tan real que no podía ser auténtica. Tales eran su limpieza y el detalle de sus partes, que los expertos no tardaron en decir que se trataba seguramente de un fiasco, y que Nieven habría construido con otros restos animales aquel immaculado rompecabezas fósil. El propio Nieven pasó sus últimos años refutando tales o semejantes acusaciones, invitando a sus más acres detractores a demostrar la falsedad de su pterodáctilo, y olvidando de todo punto el resto de su carrera. Cuando el fósil fue finalmente destruido por las bombas incendiarias de los ingleses, Nieven se extinguió con él como si con eso le hubiesen pulverizado también la vida.

Es verdad que Edvard Nieven nunca fue un dechado de virtudes, pero sería excesivo decir que merecía esa suerte. Hoy más que nunca puedo asegurar que el pterodáctilo era legítimo, y si bien no lo fue tanto la manera en que Nieven lo obtuvo de Mary Anning, creo que esa no es

razón para dudar de una pieza tan notable. Según mis cálculos, la niña dedicó ocho largos y amorosos años a extraer aquel fósil de su tumba de piedra marina. Es incluso probable que estuviera ya consagrada a ello la tarde en que la conocí. Para ese entonces Mary Anning había hallado y vendido por lo menos cinco esqueletos enteros y una docena de piezas sueltas, desde maxilares hasta una espina dorsal de casi nueve pies. Esa tarde, en la silenciosa presencia de la niña, sus padres me confesaron orgullosos que llevaban dos años viviendo a expensas del singular talento de su hija para hallar osamentas gigantescas y del no menos extraño interés de ciertos forasteros por adquirirlos. Entre estos últimos, según pude constatar más tarde, los había tan conspicuos como sir Arthur Longman, el doctor Roem, el propio Nieven y nada menos que Charles Lebercor. Fue este último quien cierta vez me llamó aparte y me dijo que en las costas galesas una niña desenterraba fósiles del cretácico con el olfato y la aptitud del más notado paleontólogo. Por fortuna, concluyó Lebercor con su eterna sonrisa de hipogrifo, el talento de Mary Anning no incluía los asuntos pecuniarios, pues ni ella ni sus padres parecían tener idea del auténtico valor de aquellos fósiles prehistóricos, que vendían a precios irrisorios entre los muy escasos iniciados en el secreto de su existencia.

En efecto, cuando al fin pude conocer a Mary Anning su comercio de osamentas fósiles distaba mucho de ser un próspero negocio. Sus padres, sin embargo, no eran de la misma opinión. Esa noche el achispado padre de la niña alardeó de que cierto excéntrico holandés le había pagado sin chistar hasta cien libras por un maltrecho espinazo y un occipital cetáceo del tamaño de un arado. El pobre hombre lo dijo como si aquella hubiera sido la mejor transacción comercial de su vida y el mayor timo que un galés podría haber hecho nunca a un continental. Se ufano de ello como si los invaluable huesos hallados por su hija en el ribazo fuesen simples curiosidades, despojos animales tan valiosos como caracolas o juguetes inservibles rescatados cualquier tarde en un paseo familiar por la playa. Era obvio que Mary Anning tenía a sus fósiles en mayor estima que sus padres, pero aun así parecía dichosa de poder contribuir con ellos al estrecho presupuesto familiar. Poco o nada se le daba que sus padres vendiesen sus hallazgos: su pasión estaba sólo en descubrirlos, desenterrarlos y dibujarlos luego, con lujo de detalle, en un cuaderno que habría hecho palidecer a Darwin.

En una palabra, esa tarde descubrí que la familia de Mary Anning era un desconcertante lío de ingenuidad y talento, el espectáculo a la vez triste y risible de las veleidades de la suerte. Confieso que al principio me sentí tentado a dejarles así. Pensé que sería fácil comprar alguno de los fósiles, encogerme de hombros y marcharme de allí como habían hecho mis predecesores. No obstante, según caía la noche y el engaño en el que estaba aquella gente se hacía más notorio, la atmósfera en su casa se adensó hasta volverse irrespirable. A eso de las ocho no pude soportarlo más y les pregunté si sabían qué eran y cuánto valían en realidad las osamentas rescatadas por su hija. El hombre me miró con profunda desconfianza, como si mi pregunta fuese el arranque de un mezquino regateo, o peor aún, de una investigación policíaca. Sin esperar su respuesta añadí que un espinazo como el que decía haber vendido al holandés podía alcanzar en el mercado la estratosférica suma de ocho mil libras esterlinas, ello sin contar los gastos de seguro, excavación y otros tecnicismos que no valía la pena detallar. Por otro lado, dije, el esqueleto íntegro de un iguanodonte como el que ahora estaba en poder de mi ilustre colega Lebercor podía alcanzar un precio tan alto que era casi imposible de calcular.

Los padres de Mary Anning pasaron en un segundo del asombro al recelo, del recelo a la rabia por las piezas malbaratadas, y de la rabia a la alegría por las que a partir de mi revelación pensaban vender. Siempre al margen de este alud de sensaciones, Mary Anning me ponderaba

mentalmente desde el borde opuesto de la mesa, como si mis palabras fuesen huesos enterrados en el roquedal del mundo adulto, un mundo acaso incomprensible que sin embargo tendría que descifrar tarde o temprano.

Muchos años después, llevado a la franqueza por influjo del coñac, Lebercor me reprochó que hubiese revelado aquello a los padres de Mary Anning. Le respondí que no estaba seguro de mi error, pues aprovecharse de la ignorancia de esa familia me parecía un acto de absoluta mezquindad. No es eso, dijo él, y reconoció enseguida que debíamos haber pagado mejor por los tesoros fósiles de la niña. Efectivamente la codicia había dado al traste con aquel negocio, mas no la nuestra, aclaró, sino la que a partir de mi visita envenenó a los padres de la niña. Al parecer Mary Anning hizo cuanto pudo por satisfacer las exigencias cada vez mayores de sus padres, pero jamás volvió a entregarles una osamenta tan entera y asombrosa como las anteriores. Aun así, Mary Anning pasaba cada vez más tiempo en el ribazo. Salía al alba y regresaba de noche con una falange o un fémur, y se metía en su habitación pertrechada en una alegría cada vez más suya, cada vez más íntima. La niña cordial que yo había conocido se hizo en extremo huraña, reacia a comunicar con sus padres nada que no fuesen monosílabos y miradas torvas. Finalmente un día su padre fue a buscarla en los acantilados y la halló desempolvando las últimas secciones del esqueleto de un prodigioso animal alado. Luego de reprender a la niña, el hombre escribió a Edvard Nieven y le convenció para que fuese a ver el nuevo hallazgo. Nieven acudió enseguida y no dudó un instante en ofrecer por la osamenta hasta tres mil libras. Los padres de Mary Anning aceptaron gustosos, no así la niña, que para sorpresa de todos se negó a deshacerse del pterodáctilo. En vano intentaron disuadirla sus padres y el propio Nieven. Aquel dragón, decía la niña, estaba allí para cuidarla hasta el final de los tiempos o hasta que un príncipe del mar viniese a rescatarla. En vano podían Nieven o cualquiera ofrecerle por él los mayores tesoros del mundo. Aquel monstruo era suyo y no tenía precio.

Con tal denuedo defendió la niña su osamenta, que esa tarde Edvard Nieven no tuvo más remedio que salir de Dorset con las manos vacías. A partir de entonces Mary Anning se alejó definitivamente de sus padres y se refugió en el ribazo, impávida ante la ruina de su casa, los ruegos de su madre y la creciente devoción de su padre por la bebida. Pasaba horas limpiando al pterodáctilo, dibujándolo o aun durmiendo al falso abrigo de sus alas hasta que la noche y la marea la obligaban a despedirse.

Nieven, entretanto, removió cielo y tierra para hacerse con el fósil. Juntó dinero, aumentó su oferta, amenazó incluso a los padres de la niña con llevarles ante la justicia. Todo en vano. Un día de tantos, también Nieven se esfumó como llevado por el viento o vencido por la fantasía de la ya no tan pequeña Mary Anning.

El padre de la niña murió dos años después de la visita de Edvard Nieven a las costas de Dorset. Para entonces Mary Anning se había convertido en una niña atrapada en el cuerpo de una adolescente melancólica y sin gracia. La muerte de su padre sólo consiguió aumentar su retraimiento y su devoción por el pterodáctilo. Larga y desaliñada, se aficionó a pasar las noches en la costa, cautiva de su inmensa bestia blanca y suspirando por su príncipe marino. Se transformó en una extraña incluso para su madre, quien al fin se resignó a su silencio y a su ausencia como antes lo había hecho a su miseria.

Un día Mary Anning desapareció de los acantilados. Recogió sus pocas pertenencias y dejó a su madre una carta donde la autorizaba y aun la impelía a vender el fósil al mejor postor. Al principio la mujer temió que su hija se hubiese arrojado al mar. Acudió a la policía y escrutó en persona cada palmo del pterodáctilo en busca de una señal sobre el destino de la pequeña. Al

cabo de una semana le informaron que alguien había visto a Mary Anning en los muelles de Holyhead acompañada por un muchacho poco mayor que ella, presumiblemente un irlandés con quien se habría embarcado ese mismo día hacia Dublín.

No llegaron más lejos los esfuerzos de la policía británica, ni quiso la madre de Mary Anning permitirlo. Temerosa del escándalo o resignada a él, vendió el fósil a Edvard Nieven por una quinta parte del precio que en otros tiempos habían convenido. Mientras Nieven iniciaba su ruta hacia la gloria y la desgracia en los círculos paleontológicos, la madre de Mary Anning se mudaba discretamente a Londres, donde las rentas del monstruo de su hija le alimentaron una vejez triste y sosegada. A Mary Anning la encontraron cinco años después de su partida, sola y mendigando en las afueras de Belfast. Quiso al parecer su suerte que de allí la rescatase un viudo, con quien vive todavía sin niños en una casa pequeña que ella se encarga de mantener inmaculada.

Nada pudo decirme esa noche Lebercor sobre el muchacho que arrancó a Mary Anning de las garras del monstruo. Y creo que está muy bien que así haya sido, pues me parece que son ya demasiadas las historias que fatigan hoy mis recuerdos de la niña que conocí hace años en Gales. A veces, sin embargo, se impone a mis memorias de la niña el rostro hermoso y cínico de un joven paleontólogo escocés que acompañó durante años al infatigable Edvard Nieven en su gesta por defender la autenticidad de su inmenso y malhadado dragón blanco.

LAS TRES ALICIAS

Nadie ignora el tesón con que he defendido la posible existencia de una tercera Alicia y la relación que esta pudo tener con el eclipse total de sol que Lewis Carroll presencié escasas semanas antes de su muerte en The Chestnuts. Hace años que la mayoría de mis colegas decidieron ignorar esta polémica, lo cual explica que todavía nos aburran con sus eternos circunloquios sobre las dos primeras aventuras de la niña. Sobrevive no obstante la idea de que el libro efectivamente existió, por lo menos en una versión manuscrita, y que Lewis Carroll dedicó sus últimos días a redactarlo como si ansiara un diálogo con la más célebre de sus criaturas. Es probable que los sucesos que a continuación describo no sean menos cuestionables que la existencia misma de la obra a la que aludo. En todo caso, creo que los hechos encajan perfectamente con el espíritu del escritor y nos heredan al menos el necesario beneficio de la eterna duda carrolliana.

En febrero de 1985 llegó a mis manos un ostentoso libro de Agnus Wilcock, *An Illustrated Biography of Lewis Carroll*. No era esa, hay que decirlo, la primera ni la mejor obra ilustrada sobre la vida, obra y trabajos del escritor victoriano: saturaban la edición cartas de sobra conocidas, célebres fotografías de Ellen Terry y Alice Lidell posando medio vestidas para la cámara del escritor, y una caterva de dibujos basados en su obra –ilustraciones de Pogani, Robinson, Rackman y hasta de Disney–. Wilcock, por su parte, era poco elocuente y se limitaba a enunciar las lecturas freudianas, literarias, matemáticas y metafísicas que de Alicia se habían venido haciendo desde principios de siglo.

Pero había también en aquel libro ilustraciones del propio Lewis Carroll. Dibujos de trazo torpe si se les comparaba con los históricos grabados de sir John Tenniel. Fue precisamente uno de esos bocetos lo que estableció mi primer contacto con la otra Alicia: en la parte superior de lo que parecía una carta, Lewis Carroll había trazado media docena de imágenes alusivas a su obra, entre las cuales llamó mi atención un minúsculo conejo negro que, seguido de cerca por una suerte de Alicia contrahecha, ascendía a un punto oscuro en el margen superior de la hoja, un círculo que en algo sugería la inversión aérea de la guarida del conejo blanco en *Alicia en el País de las Maravillas*. Junto al dibujo era posible leer la coda de una frase del escritor, algo referente a un eclipse. En el pie de foto, Wilcock decía muy poco y se limitaba a explicar que aquel era un dibujo del reverendo Dodgson en una de sus últimas cartas al editor Macmillan, fechada el 25 de diciembre de 1897. El contenido de la carta no figuraba en el libro.

Si bien el biógrafo de Lewis Carroll evitaba ahondar en los orígenes del conejo negro y la Alicia contrahecha, no tuve que pensarlo mucho para columbrar que aquel podía ser un dibujo significativo. Me pareció evidente que el escritor había intentado decir algo con él, quizá romper o invertir ingenuamente los planteamientos del primer capítulo de *Alicia en el País de las Maravillas*, o quizá de toda su obra. Pensé en un Lewis Carroll decadente, enfermo, enloquecido, abrumado acaso por la duplicidad de sus nombres, sus interminables juegos de ajedrez, sus fotografías de niñas aduendadas y sus reinas que corrían para no moverse o gemían antes de herirse. Pensé, en suma, en un Dodgson seguramente decepcionado de Alicia, no sólo de la que él mismo había creado, sino de todas aquellas niñas que le habían movido a crearla y que inevitablemente habían crecido para abandonarlo a su suerte.

Creo haber dicho ya que fue entonces cuando la idea de una tercera versión de Alicia –un boceto, un manuscrito, un libro entero– comenzó a parecerme posible. Había algunos

antecedentes al respecto, escasas referencias, casi todas recogidas en la desigual compilación de Robert Anderson, *Theories about Alice as seen through the Rabbit's Hole*. En 1936, al celebrarse en Oxford el nacimiento del reverendo Charles Lutwig Dodgson, Hans Heller negó con más énfasis que buenos argumentos que el escritor hubiese escrito una tercera versión de Alicia, y no fue sino hasta 1958 cuando John Lewis se refirió brevemente al conejo negro como una posible señal de senilidad y arrepentimiento autodestructivo del artista. Como sea, en ningún momento se dijo nada del eclipse mencionado por el escritor junto a sus precarias ilustraciones.

Veinte años más tarde, la doctora Pat Narinyan publicó en los anales carrollianos un artículo intitulado *Further insights*, donde al fin hacía referencia a un eclipse total de sol como detonante, en el invierno de 1897, de los últimos desvaríos de Carroll. «Sabemos –escribió la estudiosa– que Charles Dodgson profesaba una particular aversión hacia los eclipses. Tales fenómenos, según confiesa él mismo en sus diarios de Guildford, eran para él una especie de castigo divino por su soberbia, una respuesta celestial a sus transgresiones matemáticas y a su concepción arbitrariamente binaria del universo. Si tomamos en cuenta que en diciembre de 1897 Carroll-Dodgson había perdido la lucidez, es muy probable que el eclipse lo transformase de tal modo que lo obligó a intentar la reescritura de una tercera y delirante versión de Alicia.»

El artículo de la doctora Narinyan fue refutado enseguida por una carta del señor Donald H. Menzel, patrono del Harvard College Observatory: «La señora Narinyan debiera ser más acuciosa a la hora de sustentar sus teorías en fenómenos astronómicos. En diciembre de 1897 no tuvo lugar eclipse alguno, y me atrevería a añadir que, en su vida, Dodgson no pudo haber atestiguado desde suelo europeo un eclipse de tales características. Si hemos de ser rigurosos, en ese lapso el escritor tendría que haberse trasladado a Shangai en 1861 o a Borneo en 1850 para haber tenido siquiera la oportunidad de saber lo que era un eclipse de sol». Pat Narinyan nunca respondió al señor Menzel, pero los académicos británicos sí que aprovecharon aquel desmentido para burlarse de la estudiosa y arrojarla al mismo irremontable agujero de descrédito donde inevitablemente fueron a dar también el conejo negro y la informe Alicia que lo perseguía.

Por mezquino que pueda parecer, el desmentido de Menzel es perfectamente explicable desde una perspectiva estrictamente académica y científica. Sus aseveraciones eran lógicamente irrefutables, no así las de los expertos carrollianos, de quienes cabría haber esperado una actitud más generosa hacia las propuestas de Narinyan. La imposibilidad física de un eclipse total de sol en invierno de 1897 no excluía que Lewis Carroll pudiese haber visto uno. Esclavizado por el opio desde hacía varios años, sujeto a un agudo cuadro paranoico, y ampliamente dotado para dar forma precisa a los monstruos de su imaginación, el escritor contaba con todo lo necesario para provocarse un eclipse a la medida de sus miedos o sus deseos. Lewis Carroll había creado un mundo subterráneo habitado por orugas humeantes, gatos evanescentes, sombrereros locos. Si había atravesado el espejo y demostrado matemáticamente la viabilidad de lo absurdo, bien podía haberse creado un eclipse personal que, aunado a su monomanía, sirviese para catalizar sus rencores o su desesperanza. La tercera Alicia, una niña contrahecha y agotada como su creador, podría ser entonces un intento de destrucción, producto del esfuerzo de Carroll por unir las casillas del ajedrez hasta crear un tablón ceniciento donde, a juzgar por lo que deja entrever en sus diarios, pudiese ejecutar su venganza contra una Alice Lidell que había dejado de ser niña y lo había abandonado a su suerte en Tom Quadat Christ Church, un sitio seguramente inhóspito, plagado de fotografías siniestras, provisiones de opio y humeantes tazas de té. El eclipse del escritor, quien siempre imaginó el universo como una banda de Moebius, podía haber ocurrido sólo en su mente, lo cual habría bastado para castrar sus silogismos y sus fantasías más

desaforadas.

Bien mirada, esta idea parece menos una hipótesis académica que una adivinanza del Gato Cheshire. En todo caso, creo que la sombra de Lewis Carroll en mi propia vida no podía generar algo distinto. Con esta convicción decidí en algún momento escribir a Pat Narinyan con el propósito de obtener de ella alguna información que pudiera sacarme del error o abismarme definitivamente en sus desvaríos.

La respuesta a mi carta tardó casi un año en llegar. Pat Narinyan se había retirado a Kent y no fue fácil dar con ella. Su carta era breve aunque definitiva. En ella, la investigadora agradecía mi interés por su malhadado artículo y me heredaba tres valiosos documentos: la copia de dos cartas y una fotografía. «Reciba por favor estos papeles –concluía la investigadora–. A mí ya no me sirven.»

La primera era una copia de la carta donde Carroll había dibujado su conejo negro y su niña contrahecha. La copia era mala, pero bastó para descubrir que Carroll había pretendido dibujar no una Alicia monstruosa, sino simplemente anciana. El texto junto al conejo decía: «Conejo negro, siempre a tiempo para el eclipse». En cuanto al contenido de la carta, este no dejaba duda alguna sobre la existencia de la tercera Alicia:

Ch. ch. Oxford

Estimado señor Macmillan,

El día de ayer envié a usted un manuscrito con numerosas correcciones para Alicia en el País de las Maravillas y Alicia a través del espejo. Es la única copia que tengo, e iré por ella la próxima semana, muy probablemente el martes. Se trata de cambios sumamente importantes y espero que como tales los considere.

Suyo sinceramente,

C. L. Dodgson

El editor Macmillan consideró tan serias o tan graves estas correcciones, que prefirió no dar respuesta a la carta del escritor. No es difícil imaginar que fue él quien destruyó el manuscrito, atribuyendo los cambios a la enfermedad y la vejez de Carroll. Probablemente se negó a recibirlo ese y todos los martes que mediaron entre el 25 de diciembre de 1897 y el 14 de enero de 1898, cuando murió el escritor. La tercera Alicia, concluí, no era una secuela de las dos primeras aventuras de la niña: era una versión final y pretendidamente definitiva. Una reinención imposible y tardía, surgida de la mente de un viejo que querría borrar con ese manuscrito todas las historias que empezó a narrar en el Támesis hacia 1865, cuando era feliz y pensaba que sus discípulas jamás crecerían.

Los otros dos documentos de Narinyan eran la respuesta no menos inquietante al asunto del eclipse. La segunda carta no era de Dodgson, sino de Alice Lidell. Estaba fechada en marzo de 1899 e iba dirigida a Stewart Dodgson Collinwood, sobrino y primer biógrafo de Lewis Carroll. La señora Lidell aclaraba a Collinwood cuándo había visto al escritor por última vez:

Estimado señor,

He leído con gran placer su libro Life and Letters of Lewis Carroll, y estoy segura de que al Reverendo le habría complacido su trabajo. Pero creo que es importante aclarar un punto: en su libro, usted afirma que mi último encuentro con el reverendo Dodgson tuvo lugar en 1870, y hace alusión a la fotografía que él entonces nos hizo a mí y a mis hermanas. Creo que es mi deber decirle que no fue aquel mi último encuentro con el reverendo ni la última fotografía que me hizo. El 11 de diciembre de 1897, el señor Dodgson vino a verme desde Guildford y me pidió que lo acompañase al Támesis. Dijo que deseaba hacerme una fotografía. El hombre parecía tan enfermo, tan viejo, que no pude negarme. Apenas terminó de hacer la fotografía, el señor Dodgson empezó a temblar, miró al cielo y se mostró profundamente consternado. Luego cubrió la cámara y me despidió diciendo: «Buenas noches, Alicia. Esta vez el conejo llegará a tiempo para la fiesta». Eran las doce del día.

Supongo, señor Collinwood, que ni usted ni yo querremos ahondar en este asunto. Pero creo que es justo que lo sepa.

Suya,

ALICE PLEASANCE LIDELL

Ahora mismo, mientras escribo estas líneas que no sé si tendrán algún destinatario, miro por último la fotografía que aquella vez me hizo llegar la doctora Narinyan. Pienso en ella frente a la tumba de dos nombres de Lewis Carroll-Charles Lutwige Dodgson, en Guildford, y comprendo que ni ella ni yo podremos nunca hablar de esto. Y pienso también en Alice Lidell, la casi anciana que posa para esa fotografía frente al Támesis. Está sentada en un columpio y viste una caperuza que le queda chica. Pero no podría asegurarlo. ¿Quién iba a decir que a las doce del día no habría luz suficiente para fotografiar a Alicia?

PACTO DE CABALLEROS

No es difícil entender de qué manera Thomas Pyne se convirtió de pronto en uno de los hombres más ricos de su tiempo. Sus negocios rayaron siempre en los bordes de la ilegalidad, lo cual no sólo explica su riqueza, sino el encono y el tamaño de sus enemigos. Nadie como él sabía que no hay ley sin atajos ni delito que no sea perdonable sin la ayuda de un buen abogado. Su cinismo en este orden era aun mayor que su fortuna. Más de una vez le oyeron afirmar que el reino entero debía estarle agradecido, pues gracias a él los jueces se lo pensaban mejor antes de promulgar una ley o de dar curso a una querrela mal fundada.

La historia guarda numerosas muestras del voraz estilo empresarial de Thomas Pyne, ninguna de ellas tan notable como sus Pólizas de Seguro sobre el Sexo del Caballero D'Eon. Si hemos de creer a los registros de la época, aquel escándalo generó apuestas por un monto de cien mil libras esterlinas, todas ellas promovidas, administradas y oportunamente legalizadas por el astuto señor Pyne. Para entonces, especular sobre la hombría del diplomático francés se había instalado en el centro de la alta ociosidad inglesa. Lo que empezó como un simple rumor en los mentideros de la corte se había convertido en un intercambio generalizado de puñetazos, estocadas y baldones. Quienes pensaban que Timothé D'Eon de Beaumont era hombre, señalaban su conocida calidad de francmasón y su valentía en la guerra de los Siete Años, proeza a todas luces varonil que le había granjeado una condecoración del rey Luis xv. Puestos a discutir el asunto, los partidarios de que D'Eon era mujer evitaron hablar de su inquietante belleza y optaron por señalar que no se le conocían esposa ni amantes, lo cual les parecía razón suficiente para confundir el celibato con la impostura. A medio camino entre la burla y un sincero afán conciliatorio, el duque de Lanark ofreció al diplomático una fuerte suma para que diese fin a la controversia sometiéndose a un peritaje médico. Visiblemente consternado, D'Eon no sólo rechazó la oferta sino que la denunció como ofensa a su buen nombre ante el alcalde de Middlesex. Esto hecho, se ausentó de Londres para enclaustrarse en un silencio campirano que sólo ayudó a empeorar las cosas.

Fue entonces cuando Thomas Pyne decidió crear sus pólizas de seguro. Visto que las apuestas eran ilegales en suelo británico, el boyante empresario fundó aquel organismo a modo para que el dinero de los contendientes sobre el sexo del diplomático adquiriese la forma incontestable de diversos títulos de protección a favor o en contra de la virilidad del caballero D'Eon. De esta forma amordazada la justicia, el negocio del señor Pyne prosperó hasta adquirir dimensiones bíblicas, pues no fueron escasos ni recatados quienes invirtieron en tan curiosa institución. Tampoco fueron necesariamente ricos ni bien criados: sólo en el mes de junio, un nutrido grupo de tablajeros apostó treinta mil libras a favor de la virilidad del francés, todo ello en abierta oposición a la Liga de Herreros de Richmond, que había comprometido la misma cantidad esperando que el tiempo y la justicia demostrasen de forma contundente que Monsieur Beaumont era en realidad Mademoiselle Beaumont. Cierta noche, en una oscura taberna de Blackfriars, dos ilustres miembros de la Logia de la Mortandad se enfrentaron a media docena de parroquianos ebrios que, en clara alusión al diplomático francés, se habían burlado de la masonería por aceptar mujeres en sus huestes. La trifulca culminó con la muerte de uno de los ofendidos, la consignación de sus asesinos y un breve motín barriobajero que aumentó como por sortilegio las ganancias de Thomas Pyne.

Finalmente hartos del escándalo o acaso escandalizados por la inmoral bonanza del señor

Pyne, los antiguos regidores de Mansfield exigieron un día la intervención de las autoridades en aquel escabroso asunto. Por razones aún inescrutables, el caso fue llevado ante el lord Juez en Jefe de la Corte de King's Beach, no muy lejos de la casa de Thomas Pyne. Nada en la premática obligaba al diplomático D'Eon a comparecer en el litigio, de modo que se le juzgó en ausencia, con abogados y fiscales de oficio. Como era de esperarse, los argumentos de ambas partes fueron otra vez en extremo endebles. No obstante, en las postrimerías del juicio la fiscalía sorprendió a todos presentando a dos hombres respetables que afirmaron bajo juramento que el francés era mujer. A falta de mejores pruebas, el juez falló en favor de la parte acusadora: el caballero Timothé D'Eon de Beaumont, primer secretario de la Embajada de Francia, era una dama y debía por tanto comportarse como tal, desistiendo para siempre de aparentar lo contrario, vistiendo las ropas propias de su sexo y pidiendo a la ofendida sociedad británica una disculpa por su impostura.

Pero Thomas Pyne no iba a dejarse amilanar por la dudosa eficiencia de los jueces. No bien se dio a conocer el fallo, el empresario convenció a los defensores del francés de que apelasen arguyendo numerosas irregularidades técnicas y éticas en el proceso. La apelación fue aceptada y el caso se abismó en un intrincado laberinto de cláusulas, testimonios y directes que fueron apagando la polémica y empujaron al olvido las famosas pólizas de seguro sin que nadie tuviese nunca una idea clara de quién había ganado ni qué destino habría tenido el dinero en ellas invertido.

Quienes no olvidaron la impostura del caballero D'Eon fueron sus compatriotas. Humillados en lo más hondo por el escándalo que había ocasionado su representante en Londres, los aristócratas galos convencieron a su rey de emitir un decreto que obligaba al diplomático a rendir sus galas militares y le prohibía regresar a Francia como no fuera ataviado de mujer. Para sorpresa de todos, el caballero Beaumont acató el decreto de buen talante, y no sólo entregó su uniforme, sino que se instaló a vivir como discreta dama de provincias en una finca de Aquitania donde era regularmente visitada por sus muchos, antiguos y opulentos amantes ingleses.

LAS ENTRAÑAS DEL TURCO

Me temo que voy tarde para anunciarte el final del Turco. Las malas nuevas corren ahora más aprisa de lo que uno quisiera, y no me extrañaría que el diligente Olsen te hubiese adelantado esta aun antes de que dejasen de humear las cenizas del autómatas.

Esta mañana el presidente de un círculo local de ajedrez me propuso rescatar los despojos del Turco con el propósito de darles un entierro digno. La idea me pareció correcta, pero el custodio del Museo Barnum ha hecho lo suyo para disuadirnos: el incendio, asegura, fue tan intenso y prolongado que destruyó inclusive las vísceras metálicas del muñeco, por no hablar de su atuendo, sus extremidades y el hueco templete de madera desde el que tantos grandes maestros dirigieron sus partidas más célebres.

Quiero pensar, querido amigo, que al menos gozaste la corta dicha de saber que al fin habíamos hallado al autómatas de Kempelen. Me habría gustado decírtelo en persona, pero me ganó el entusiasmo después de tantos años de creer que el Turco había desaparecido sin remedio. Si envié a Olsen aquel apresurado cablegrama, fue porque no quería perder un instante sin que emprendiésemos los arreglos necesarios para comprar aquel tesoro a los responsables del Museo Barnum. Ahora que el autómatas se ha esfumado para siempre, percibo en mi prisa de entonces una suerte de epifanía, la intuición de que esta vez el Turco no duraría lo bastante para permitirnos rehabilitarlo. Francamente ignoro cuánto nos habría costado devolverlo a su ser primero. Sin duda habría sido bastante, pues te confieso que el muñeco era poco menos que una ruina cuando lo hallé en los sótanos del museo. Quizá habría sido un despropósito intentarlo, aunque igual lo habríamos hecho por manía o por simples ansias de perpetuar su leyenda. Es como si el autómatas o el fantasma del propio Kempelen supiese que lo intentaríamos. Por eso el incendio no deja de parecerme hoy una inapelable orden de ultratumba para que los dejemos descansar en paz.

Nadie como tú entiende que nuestra pasión común por el ajedrez nos vuelve en ocasiones demasiado reacios a creer en el azar. Sólo así puedo explicarme que este asunto siga pareciéndome un criptograma antes que una mera concatenación de hechos fortuitos. Digamos que el final del autómatas despierta al viejo supersticioso que todavía existe en mí. No dejo de pensar que el Turco absorbió una buena parte de la vida de quienes alguna vez ocuparon sus entrañas para jugar al ajedrez por el ancho mundo. Si no recuerdo mal, esta misma sensación ha sido asunto de muchas de nuestras conversaciones, como habrá sido también entre aquellos que aún pueden jactarse de haber dirigido al Turco en sus últimas apariciones públicas bajo la batuta de Kempelen.

Todavía conservo en la memoria la tarde en que me mostraste aquel curioso grabado con que Cumbert quiso desenmascarar el mecanismo interno del muñeco y demostrar que sus jugadas eran dispuestas desde su interior. Ahora que he visto al autómatas, puedo asegurarte que el esquema era bastante fiel a la realidad, salvo en un detalle que no deja de resultar inquietante: en su dibujo, Cumbert sugería que, para caber en el templete, el director en turno tenía que ser por fuerza un enano o un niño. Hoy sabemos que eso no era imprescindible, y que el templete había sido diseñado de forma tal que en él pudiesen caber maestros de talla ordinaria. En cualquier caso Cumbert dibujó entonces un hombre minúsculo instalado en el interior de la base de madera, casi un duende que analizaba en un tablero igualmente reducido los movimientos que su contrincante efectuaba en el exterior. La proporcionada pequeñez del jugador dibujado por

Cumbert siempre me ha hecho pensar en una marioneta. Es como si el autómatas dirigiese al hombre y no a la inversa.

Pero no te escribo para aburrirte con reflexiones que sin duda has hecho antes y más a fondo que yo. Ni siquiera pienso contarte aquí la curiosa sucesión de hechos que me permitió hallar al Turco en el sótano del Museo Barnum. Querría mejor hablarte de un encuentro que tuvo lugar en presencia del autómatas. Es un enigma que tú seguramente sabrás descifrar, no sólo porque fuiste acaso el último director del autómatas de Kempelen, sino porque la historia en cuestión tiene también que ver con el infortunado Italo Fabrizio, cuya muerte lloraste tanto como aún sigues admirando su juego.

Bien sabes que nunca he compartido tu devoción por el juego temerario y un tanto temperamental de Italo Fabrizio. No obstante, lo que voy a contarte me ha ayudado a aceptar ese entusiasmo tuyo con algo parecido a la resignación. No es que su juego me parezca hoy menos censurable. Ocurre sólo que su triste final por culpa del Turco me resulta ahora menos ridículo de lo que antes pensaba, no tanto por él cuanto porque ahora creo conocer las auténticas razones que esa noche le llevaron a apropiarse del autómatas y caer fulminado por los guardias de la Gran Exposición.

Me parece que fue Marcus Liverant quien cierta vez afirmó que lo de Italo Fabrizio fue consecuencia inevitable de un claro afán de venganza. Así lo dijo en un receso de aquel campeonato en Múnich que ganó con escándalo un maestro sudamericano. Los ánimos estaban algo tensos y el sandio de Liverant juzgó oportuno alegrar la velada con sus teorías sobre la demencia de Fabrizio. Sin respeto alguno por su memoria, esa tarde Liverant esbozó para nosotros un auténtico cuadro clínico del desdichado maestro. Afirmó que el rapto del autómatas era el predecible fin de una psique narcisista, y que no debía extrañarnos que Fabrizio se hubiera sentido agraviado por las sonadas derrotas que el muñeco le infligió primero en Amberes, luego en Estocolmo y finalmente en París. Quienes lo trataron en esos tiempos podían confirmar que Italo Fabrizio fue perdiendo el juicio a medida que se enfrentaba con el autómatas de Kempelen. El alegre camarada que muchos recordaban se volvió huraño en demasía. Su obsesión por el Turco le royó el seso y lo arrojó en una melancolía desarrapada y alcohólica de la que nunca consiguió salir. En opinión de Liverant, el siciliano acabó por tomarse las ofensas del autómatas como un asunto personal. Para Fabrizio, el autómatas de Kempelen se había vuelto tan mezquinamente humano como cualquiera de sus otros contrincantes, o aún peor. De allí que criase hacia él un odio tal que le llevó a robar el muñeco con la negra intención de devolverle el sufrimiento y los agravios a los que lo había sometido. El resto de la historia era bien conocido, por lo que Liverant se limitó a opinar que aquello era un ejemplo preclaro de que en nuestros tiempos la vocación de la tragedia es concluir en lance de opereta. Naturalmente dijo aquello en tono de burla, aunque su versión no va lejos de la verdad. Ciertamente, Fabrizio intentó robar el autómatas convencido de que se trataba de una persona. Pero su motivo, ahora lo sé, en modo alguno fue la venganza.

Desde acá puedo ver, amigo mío, la desazón con que leerás estas líneas. Nunca es fácil rememorar la muerte o la locura de un amigo, sobre todo cuando hemos comenzado a digerirla. Te ruego sin embargo que sigas adelante con el extraño colofón de esta antigua historia. Imagínate en una de las pocas tardes en que pude admirar al Turco antes de que lo destruyese el incendio. No recuerdo si fue en mi segunda o mi tercera visita al sótano del museo cuando vi a la anciana. Creí al principio que se trataba de una afanadora, pues así lo sugerían sus ropas y el esmero con que limpiaba al autómatas. Al poco de mirarla, su diligencia terminó por parecerme

excesiva, casi obscena. Aun así la dejé hacer unos minutos hasta que perdí la paciencia. Iba a decirle que me dejara a solas con el Turco cuando ella, como si hubiera escuchado mis pensamientos, giró la cabeza hacia mí diciéndome: –Ande mejor a ver las cosas de allá arriba, señor. Este muñeco no tiene ningún interés para usted–. La mujer me había hablado con el énfasis de quien se creía o se sabía dueña absoluta del autómata y de cuanto lo rodeaba. Tal fue su autoridad que me sorprendí musitando una disculpa y abandoné el recinto sin chistar. Todavía desconcertado, vagué un rato por las salas superiores del museo. A eso de las cinco vi salir a la anciana y aproveché el momento para preguntar al custodio quién era ella y qué tipo de autoridad ejercía sobre el autómata de Kempelen. A lo que el custodio, encogiéndose de hombros, me replicó que la anciana no era una empleada del museo, sino una pobre mujer desquiciada que venía de vez en cuando a mirar por el autómata. Las autoridades del museo la toleraban porque no hacía daño a nadie con su devoción. Si por ventura me había parecido agresiva era porque estaba al tanto del interés de nuestra sociedad por adquirir el muñeco. –Déjela hacer, señor –concluyó el custodio–, esa pobre mujer está despidiéndose del Turco, y me parece que está en su derecho, no me pregunte por qué.

Volví a verla dos días más tarde. Caminaba por la angosta calle que lleva al Museo Barnum cuando me salió al encuentro. De inmediato fue evidente que me había estado esperando. Me habló no obstante con la misma autoridad con la que antes me había despedido de la proximidad del autómata. Sin preámbulos me preguntó cuándo y adónde pensaba llevarme al Turco. Esta vez no iba a dejarme intimidar: visiblemente ofendido, le repliqué que no tenía por qué darle explicaciones sobre mis planes o negocios. Al oír esto, la anciana bajó la guardia y sonrió. –Usted no sabe cuánta vida encierra este muñeco–, masculló. –Claro que lo sé –respondí–. Y también sé cuánta muerte hay en él–. No sé por qué lo dije. Por una parte me sentía ridículo charlando con esa mujer, y por otra tenía la sensación de estar siendo sujeto a un escrutinio merecido por una falta cometida hacia una eternidad, una falta real que sin embargo no acababa de comprender. Aquella anciana era mi juez, pero algo me decía que con un poco de suerte podía ser también mi víctima. En cualquier caso mi respuesta a su inquisición tuvo en ella un efecto devastador. De pronto palideció como si le hubieran propinado un golpe brutal. Temí inclusive que se desvaneciera allí mismo, en plena calle. Había apoyado la mano en la pared y respiraba con visible dificultad. –Fabrizio no merecía esa suerte–, dijo al fin tomando una bocanada de aire, y fue como si la sola mención del maestro siciliano la hubiese puesto de nuevo en una posición de autoridad, no sólo ante mí, sino ante aquellos que de una forma u otra teníamos que ver con el autómata de Kempelen.

¿A qué se refería la vieja? ¿Qué podía saber ella de la suerte de Italo Fabrizio? ¿Por qué tendría que defenderlo de esa forma? En ese momento caí en la cuenta de que yo también, de alguna manera, había comenzado a caer bajo el influjo del muñeco, y que a esas alturas había comenzado a celarle, a apropiarme de él, o él de mí. La sola idea de que la anciana conociese mejor al autómata o tuviese algún derecho sobre él me agobiaba de tal manera que no deseaba que nadie, menos aún aquella mujer, soñase siquiera con arrebatármelo. De repente experimenté la desagradable sensación que nos viene cuando sabemos que un contrincante es mejor que nosotros y nos ha asediado amenazando con despojarnos de nuestra reina o devastarnos en unas cuantas jugadas sin que al parecer haya manera de evitarlo. La anciana debió percibir mi desazón: de repente aferró mi brazo con su mano izquierda y me preguntó si había dirigido alguna vez el autómata de Kempelen. Le respondí con un *no* apenas audible. Ella volvió a sonreír y dijo: –claro, usted es demasiado joven para haber vivido eso, déjeme decirle que dentro del

autómata podía llegar a hacer un calor insoportable, un calor infernal que embotaba los sentidos y hacía que cada partida fuese un auténtico suplicio. Allá dentro, señor mío, a una le entraban deseos de ganar la partida como si en ello se le fuese la existencia y a veces se te olvidaba que eras algo distinto del autómata. De pronto te descubrías odiando, amando y aniquilando a través de su andamio, de su ropa y de su rostro. Entonces podías ver íntegra el alma de tu contrincante, aunque no lo vieras, aunque sólo fuera por su talento o su torpeza para atacar o defenderse. Jugar desde el Turco te daba la facultad de ver lo que de otra manera no habría sido posible ver, ni siquiera columbrar. Cuando uno jugaba desde el autómata y contra el autómata todo se hacía plenamente humano y vulnerable. Eso era lo que los grandes maestros amaban y aborrecían de él. Fue eso lo que permitió a Kempelen pasear al autómata por el mundo entero sin que ninguno de los grandes se esmerara demasiado por desenmascarar la obviedad de su mecanismo, el cual tenía más de truco circense que de prodigio mecánico, no digamos de magia. Fue eso, señor mío, fue nada más que eso lo que causó el delirio y la muerte de Italo Fabrizio.

Imagina por favor, querido Ingemar, lo que fue escuchar estas palabras. Si a mí me estremecieron, más lo harán en tu caso. Tú mismo podrías haber vivido lo que esa tarde me contó la anciana. Lo que más me inquieta luego de haber visto al autómata de Kempelen es que las palabras de la anciana no son exactamente una revelación. Ni siquiera me sorprende saber que una mujer haya dirigido también el autómata. Eso siempre lo sospechamos, si bien nunca se nos ocurrió pensar que el hecho tendría que ver con la negra historia de Fabrizio. Ahora lo sabemos, y no deja de resultar casi oprobioso pensar que la del siciliano no fue exactamente una historia de venganza, sino el producto de una pasión que a estas alturas no me atrevo a calificar. Apenas sé decirte que esa tarde, cuando terminó de hablar, la anciana aflojó la mano con la que me había aferrado. Un intenso dolor me recorrió el cuerpo hasta asentarse en mi pecho. Finalmente la vieja me dio la espalda y comenzó a alejarse. En un tono que ahora imagino de súplica, alcancé a preguntarle quién era. Sin detenerse, la mujer me respondió: –Yo también soy el Turco, señor. Al menos lo fui para Fabrizio—. Y diciendo esto se perdió en el fondo de la calle. Creo que no necesito decirte, querido amigo, que la anciana desapareció el día mismo del incendio. Algo me dice que nunca más la volveremos a ver.

GUÍA DE RUSSO PARA PRINCIPIANTES

Una mujer que no habla ruso mira el reloj: pronto serán las seis. Hurta en su bolso, reprime una maldición y calla sentada en una banca desde la cual domina una sección considerable del parque. Si hubiese un artilugio para descifrar tacones sabríamos que el suyo emite un grito de impaciencia. El código Morse de la desazón trepa sus corvas y escudriña sus muslos bajo una falda estampada de flores verdes, azules, rosas. Sólo ella sabe que la falda fue adquirida hace seis meses en las segundas rebajas de B & T.

Su mirada vuelve a perseguir el minutero. Hace por lo menos una hora que ellos debían haber llegado. Que *alguien* debía haber llegado. La mujer que no habla ruso gira la cabeza algunos grados en dirección sur-sudeste y examina con mal disimuladas ansias a quienes pasan frente a ella sin reparar en el libro que tiene sobre las piernas. Varias veces la mujer ha intentado sacar algo en claro del título del volumen, y tantas más ha fracasado. Frunce de repente el ceño al recordar al viejo de la librería del Centro de Estudios Soviéticos. Le enerva acordarse de cómo el hombre se ha molestado cuando ella no ha sido capaz de proporcionarle el apellido del autor del libro, menos todavía el de la casa editorial. Creo que sólo tengo el título, ha dicho ella entregándole la tarjeta donde efectivamente viene anotado en cirílico el título del libro. Abajo, en caracteres latinos, se indican el lugar y la hora precisos en que ella habrá de esperar al remitente del mensaje. Una mañana entera de soportar los regaños del maldito viejo. Horas sin cuenta esperando a que revise sus catálogos hasta dar con un volumen que de cualquier modo ella no leerá.

Cuando recuerda su visita a la librería, la mujer que no habla ruso decide suspender la espera. Tiene hambre. Cada vez siente menos deseos de seguir soportando la indiferencia de los transeúntes. Una vez más alza el libro y lo hojea. Lo cierra con un golpe más cercano al miedo que a la resignación. ¿Dónde está tu fuerza de voluntad?, se dice. De acuerdo, esperará un poco más. Les dará una nueva oportunidad para que vengan a buscarla. ¿Qué importa el hambre o la espera? ¿Qué más da que el libro esté en ruso? Lo que importa del libro es otra cosa: ese inofensivo amasijo de papel confiere a su existencia un carácter singular. El libro importa porque permitirá que un desconocido la identifique a ella y a nadie más que a ella en medio de la multitud que abarrota el parque.

Pero el desconocido no llega. Hace más de ochenta minutos que pasó la hora de la cita. Nuevas preguntas asedian a la mujer que no habla ruso. Ya teme, ya mira el reloj, ya comienza a sospechar que ha sido víctima de una broma. La mala broma de un amigo o un enemigo que no tiene. O de un maniático, quién sabe. Un asesino tímido y afecto a las novelas de espionaje, a las notas anónimas ideales para incautos. Pero no: ninguna de esas posibilidades le parece suficiente para desistir. Por ahora será mejor no pensar en eso. El libro vuelve a sus muslos. Arrecia el viento.

Tras abandonar la librería la mujer que no habla ruso ha guardado su nota mínima en el bolso. Ahora lo recuerda. Allí está el sobre amarillo con su nombre y su dirección claramente mecanografiados. No hay remitente. Dentro del sobre está el papel en blanco y sin dobleces que la cita en el parque a las cinco en punto de la tarde y le indica el título del libro mediante el cual habrán de identificarla. Hay que decir aquí que en ningún momento ella ha dudado en acudir a la cita, por lo que ahora, rodeada de palomas y paseantes impávidos, le avergüenza un poco su aquiescencia. Pero ya es tarde para arrepentirse: por su propio bien, será mejor que siga creyendo

que la aventura al fin ha irrumpido a saco en su vida de cines vacíos, mejor será imaginarse todavía eslabón de una intriga internacional de dimensiones planetarias. Sólo así conseguirá no mirar su reloj una vez más, sólo así hallará la fuerza necesaria para no levantarse de la banca y seguir creyendo que en su novela personal está en juego el pellejo de la humanidad, el tumulto que ahora mismo la ignora.

La multitud en el parque languidece. En vano busca la mujer al caballero de gabardina o a la vampiresa o a la muchacha con aires de perseguida que habrá de entregarle un microfilm y que mañana amanecerá estrangulada en la habitación más sórdida de un hotel de mala muerte. Nada, nadie. A las siete su mano izquierda aporrea el libro. Va a arrojarlo al suelo cuando descubre que no está sola. O más bien, que no sólo ella está sola: en las bancas aledañas otros comparten su dilema. A unos pasos de ella, un hombre sumamente obeso finge leer un libro diminuto, quizá un devocionario. Más allá, una anciana levanta una revista de modas que nadie se detiene a mirar. También anda por allí un estudiante sudoroso que ha colocado junto a sí un enorme volumen que bien podría ser la Biblia. La mujer que no habla ruso querría preguntarles si también ellos han recibido esa mañana un sobre amarillo con una nota anónima, pero teme que ese acto, en apariencia inocuo, resulte ridículo, o peor aún, inconveniente para los planes de sus potenciales cómplices. Se limita entonces a mirar con suspicacia al hombre obeso, a la anciana y al estudiante. Prefiere imaginar que son sus enemigos.

Darán por fin las ocho sin que el contacto se establezca. Llegarán acaso otros paseantes con otros libros, y recorrerán el parque con la impaciencia del secreto y la soledad compartidos. Finalmente volverán a casa, todavía inciertos de si han sido excluidos de una novela que no acaba de escribirse. Como todos, como nadie, la mujer que no habla ruso se sentará esta misma noche frente a la máquina de escribir y redactará en venganza una carta anónima. A las tres de la mañana tomará el directorio telefónico y elegirá un nombre al azar.

ANTES DEL HAMBRE DE LAS HIENAS

Antes vendrán ellos. Llegarán al alba, en un momento escrupulosamente calculado para que los gritos rasguen el borde de la noche, pero que sea ya de día cuando saquen a la mujer de su casa. Entonces el barrio entero asistirá al obscuro espectáculo de su cabellera larguísima, manchada ya por la sangre que le habrá dejado el primer golpe de la jornada. Un golpe nunca fatal, también calculado para apenas conseguir la elocuencia del castigo merecido. Verán su pelo y pensarán con morbo que así debió de verlo y desearlo y besarlo el causante de esa falta imperdonable. Olerán la sangre y enseguida correrán por piedras para ser los primeros en llegar al arrabal de las ejecuciones. Hambrientos, dejarán que los guardias entierren a la adúltera hasta el cuello. Y sudarán de ansia mientras esperan la señal para destrozar como es debido el frágil cráneo encapuchado.

Pero antes, mucho antes, habrán estado ellas, reunidas cada jueves en casa de la Señora, quien empezó a reclutarlas en verano, poco después de la ejecución de la más soberbia de sus nueras. Acudieron al principio sus hijas, su cuñada, sus otras nueras. Se reunieron aduciendo su derecho al duelo por el alma de la pecadora ajusticiada. Los hombres las dejaron hacer. Al cabo de un tiempo seguían reuniéndose, y hasta la mujer del juez acabó por sumarse a ellas con el aval de su marido. La Señora las recibía de negro, les servía infusiones de amaranto con canela, las sentaba en el suelo hasta que pasaban de doce. Entonces comenzaban los rezos. Terminada la Oración de la Clemencia, la anfitriona reiniciaba el entrenamiento: una a una las pasaba al patio, les mostraba un montón de piedras como puños y les pedía que eligieran una ponderando bien su forma, su peso, sus aristas, la potencia destructiva de esa pieza mineral que, en sus manos, había de convertirse en instrumento de justicia y aniquilación. Un solo golpe debía bastar, insistía la Señora. Una sola piedra, un solo disparo. Sin opción de réplica, sin tardanza ni titubeos. Era por ello indispensable que cada una eligiese el proyectil idóneo, y era también preciso que lo incorporasen a sus cuerpos y a sus rutinas como si gestasen un hijo o conviviesen con un tumor mortífero. Había que estar siempre alerta y afinar la puntería. Pero ante todo era esencial amar a la piedra, cargar con ella en el mercado, en los corrillos y hasta en la alcoba, donde las más devotas de la Señora levantaron a sus piedras altares como el guerrero que vela la espada con la cual defenderá su honor y el de los suyos.

Había que ver el celo con que todas ellas acataban el mandato de la Señora, y cuán pronto se allegaron la veneración de su gente y de quienes las gobernaban. Los varones se jactaban por la comarca entera de que sus mujeres hubiesen asumido la misión de ejecutar a las adúlteras. Acaso un juez vecino señaló en algún momento que esa labor debía estar reservada a los hombres, pero el reclamo se apagó enseguida ante la evidencia de que la participación de las mujeres lapidarias no iba en contra de la Ley, más bien acentuaba la pertinencia y la ejemplaridad del castigo.

De esta forma acreditadas por sus pares, la Señora y sus novicias vieron crecer su fama, su autoridad y sus rigores, y tanto, que una tarde los jueces decidieron otorgarles el privilegio de ser ellas las primeras en lanzar sus piedras apenas se emitiese la próxima sentencia. Serían ellas, con sus proyectiles y sus ropas negras, las responsables de encabezar a la multitud en el arrabal de las ejecuciones, ellas quienes formarían un círculo perfecto en torno a la adúltera, ellas quienes romperían con su destreza unísona y largamente preparada el cráneo bajo la capucha.

La deferencia de los jueces fue recibida con general regocijo. La Señora no hizo alarde de

ello: se limitó a agradecerla con un gesto mínimo que algo acusaba su preocupación o su tristeza. Ese jueves, la mujer anunció a sus novicias que en la próxima ejecución sólo participarían media docena de lapidarias, las más aptas, no por fuerza las más celosas de su deber. Es sabido que esta decisión no fue muy bien acogida por sus discípulas, para entonces más de treinta. En todo caso, al caer la noche las lapidarias se habían sometido por entero a los designios de la superiora y acreditado los nombres de las elegidas.

Cómo pudo esa noche la Señora atemperar los ánimos de sus discípulas, sólo llegó a saberse años más tarde, cuando ya ella había muerto en olor a santidad y sus lapidarias habían cumplido ejemplarmente sus consignas en por lo menos ocho ejecuciones. Dicen que cierta vez su hija mayor, que a la postre se hizo cargo de la orden, incorporó al rito un singular matiz: cuando llegaba la hora de elegir a las doce mujeres que participarían en la siguiente lapidación, la nueva superiora recitaba paso a paso las palabras con que su madre en otros tiempos había justificado su elección. Les contaba, entre otras cosas, cómo una noche habían llegado ellos al alba para sacar de su casa a la más indócil de sus nueras, y cómo exhibieron su cabellera, y cómo esa vez los hombres, enardecidos y ciegos, arrojaron torpemente sus piedras sobre la cabeza de la pecadora. Luego les contaba cómo, cuando creyeron que la desdichada había muerto, le quitaron la capucha para descubrir que seguía viva, de modo que tuvieron que cubrirla de nuevo y pedir a los hombres que volvieran a apedrearla. Todo esto, decía la nueva superiora, lo vivió la Señora, todo lo lloró maldiciendo la tortuosa ineficacia de los verdugos. Todo lo vio esa noche la dolida suegra y juró ante el cuerpo destrozado de aquella muchacha muerta que nunca más permitiría que una mujer sufriese más de lo debido por la impericia de los hombres.

VIAJE AL CENTRO DE UNA CHISTERA

El mago temía morir de pulmonía en la cárcel. Esa parecía ser su única preocupación. La verdad, me explicó, soy más frágil de lo que aparento, y un airazo colocado puede convertirse para mí en un cataclismo. ¿Sabía usted que en mi juventud actué en Vladivostok a cuarenta grados bajo cero? ¿No lo sabía? Vaya, es una pena, musitó. Luego pareció pensárselo mejor y dijo que aquello en realidad no tenía por qué ser una pena. ¿Qué más daba que no supiese yo de sus glorias en Siberia o en ningún otro lugar del mundo? Lo que importa, dijo señalando mi libreta, lo que *verdaderamente* importa es que no se moleste usted ahora en escribir mi historia. ¿Sabe por qué, oficial? Porque no vale la pena, dijo, y se sonrió como si acabara de contar un chiste inédito. Mejor escúcheme, oficial, escúcheme con atención y verá que no es posible plasmar en papel la grandeza de lo que ha ocurrido esta noche, dijo. El hombre estaba convencido de que no había palabras para describir la elocuencia de un acontecimiento como aquel, un acto cuyo alcance estaba ya escrito desde hacía siglos en los astros. Porque así es la magia, dijo. Hace años vi a un mercader chino hacer desaparecer por los aires a un tigre de Bengala. Esa tarde el mercader me enseñó que hacer desaparecer un tigre no tenía mérito si no había quien meditase adónde había ido a parar el tigre. Le confieso, oficial, que en ese momento no lo comprendí, pero días más tarde leí que en un suburbio de Shangai una familia entera había sido destazada por una bestia salvaje. Entonces comprendí que en esto de la magia no hay suerte que no haya sido antes diseñada por el diablo. Usted es demasiado joven para saberlo, oficial, mas créame que hasta en el más obvio truco de naipes florece un germen maligno. En la magia se consagra una transgresión que no por vislumbra ha de quedar impune. Ya ve usted, dijo el mago, el precio que yo mismo he querido pagar por invertir de una jodida vez los signos de lo que comúnmente consideramos inmutable.

Sabe, me dijo, esta es sólo una maqueta del infierno. Quiero decir, un mapa de signos que usted está obligado a descifrar. Porque ese es su trabajo, supongo. No crea que no le entiendo, dijo el mago. Añadió que me entendía mejor que nadie, y justamente por eso era mi obligación escucharlo, pues de nada me serviría escudriñar sin más lo que esa noche tenía ante mí. ¿Qué eran, a fin de cuentas, un triste escenario de provincias, butacas vacías, el cadáver roto de una mujer ciega y el hombre que estaba ahora frente a mí, seguro servidor, un hombre que a mis ojos no sería por el momento más que un asesino ataviado con una ridícula levita y acicalado con una barba no menos ofensiva al buen tono? Escúcheme, insistió, y notará enseguida que no es fácil reunir sin más fragmentos de un supuesto crimen cuando estos quieren decir mucho más de lo que aparentan. Porque le advierto, oficial, que nada hay aquí de ordinario. Usted me necesita, debe aceptarme como su guía a través del espejismo que lo conducirá hacia la verdad, ya no la ejecución perfecta de un simple truco que al cabo resultaría tan baladí como los aplausos que suele provocar. Nada de eso, oficial. Se trata más bien del indeleble terror de una realidad tan clara que quisiéramos ilusión, la realidad pura de la muerte. Si me sigue, oficial, verá que con sólo serrar el vientre de mi hermosa compañera he comprado mi boleto a la posteridad. Con este simple acto he recordado al mundo que sus deseos se sustentan siempre en un resorte sumamente frágil, en un juego de espejos que en cualquier momento puede fallar.

¿Entiende usted lo que quiero decirle?, me preguntó el mago. No estoy seguro, le dije. ¿Quiere que siga adelante?, inquirió él. Sí, repliqué. Bien, le robaré sólo un minuto, continuó el mago acomodándose en la silla. Luego me dijo que había perdido la cuenta de las veces en que

había anticipado nuestra conversación. Ciertamente, había esperado toparse con un inquisidor de más edad, con todo respeto, aunque le complacía que le hubiesen enviado a uno, digamos, de aspecto tan jovial. No es que me juzgara inexperto, aclaró. Era evidente que a pesar de todo tenía yo, cómo decirlo, una visión del mundo, quizá un par de casos bien resueltos. Por fortuna el mago se abstuvo de acotar que mi presencia allí se debía a que a esas horas había sido imposible enviar a nadie más, y que nadie en la comisaría se había mostrado dispuesto a trasladarse al culo del mundo para tomar la declaración de un asesino confeso y organizar su traslado. Como quiera, no dejó de complacerme la importancia que aquel ser estafalario me concedía, su buena disposición a revelarme algo que él consideraba crucial. Era evidente que para él aquel interrogatorio era el colofón de su brutal acto, y mi papel en él era por ende más que un simple trámite. Así me pareció entenderlo aquella tarde y así me lo confirmó el mago diciéndome que si yo hubiese estado allí horas antes estaría buscando un culpable entre el público. Porque quiero que sepa, dijo, que no es mi intención quitarle el crédito a mi público. Sin su intachable apatía mi acto habría sido un fracaso. Ya le habrán informado, añadió, que no movieron un dedo cuando escucharon los gritos y vieron salpicado su teatro provinciano con una sangre que no podía ser falsa. Por un segundo, mientras me quitaba los guantes, los miré en silencio y sentí que nuestros papeles se habían invertido. Comprendí al fin la lección del mercader chino y supe que me había convertido en el espectador privilegiado de una nueva versión del acto mágico. Los vi como en realidad eran, o como habrían de ser a partir de esa noche: una multitud de huérfanos que asistieron a un mediocre teatro en un pueblo mediocre para ver cómo un mago partía a su hermosa mujer en dos. Lo vi en sus rostros, se lo juro. Vi que en el fondo cada uno de ellos había anhelado que la mentira fuese cierta, y que llegaron a soñarse en mi lugar o en el de la dama. Entonces el entremés se convirtió en mi obra maestra: la dama había muerto, y ellos habían deseado, permitido y aun pagado por ver su muerte. De nada les servirá ahora cerrar los ojos. Nada podrá ahora quitarles su responsabilidad en el acto. Ni siquiera podrán quejarse de haber sido engañados, pues precisamente acudieron para ser engañados. Y volverán a sus casas y se quitarán la ropa manchada de sangre que no les es ajena. Y sobre todo, le aseguro que pronto divulgarán a mil generaciones que estaban aquí cuando el mago partió a su mujer, una mujer ciega y bellísima que no obstante recordarán con horror.

¿Qué es lo que ve?, se interrumpió el mago con el gesto de quien se dispone a extraer una moneda de la parte trasera de una oreja. Está usted viendo el nacimiento de una leyenda, oficial. Ni más ni menos. Ciertamente herrero en Ucrania estuvo a punto de matarme a golpes antes de la guerra, dijo el mago. Ahora ese hombre ha muerto y yo sigo aquí. ¿No le parece una ironía?, preguntó. Se había inclinado hacia delante como para transmitirme un secreto: la punta de su barba como un estoque enhiesto. Mi mujer era ciega, sentenció. Como una piedra. ¿Sabe por qué insisto tanto en eso? ¿Por qué tendría eso que hacer alguna diferencia ahora, si una mujer es una mujer y su muerte es su muerte? No lo sé, respondí con absoluta sinceridad. Ajá, exclamó el mago. Lo tengo cogido. ¿Ve? La ceguera en este caso no era un accidente del destino, una fatalidad. La ceguera de mi mujer tiene mucho que ver con lo ocurrido. Diría inclusive que ha sido su ceguera, no su belleza, lo que ha teñido de poesía nuestro acto. Naturalmente, oficial, ella no pudo ver mi rostro en el instante de serrarla. Sin embargo, dijo el mago, *sin embargo* estoy seguro de que en el último momento la suya fue la mirada más luminosa de la Historia. Todavía la siento aquí en la frente. No le cuento esto, oficial, porque haya sido una impresión momentánea. Por el contrario, ese fulgor en sus pupilas fue anticipado como anticipamos esta charla entre usted y yo. Esa mirada y este acto fueron gestándose entre nosotros como un niño

desde hace años, casi desde el momento en que la saqué de aquel muladar donde la tenía encerrada el miserable de su padre, un traficante de Mongolia que no tenía idea de lo que son la vida o el amor. Tenía a la pobre niña en condiciones deplorables, y lo peor es que no se tentó el corazón para cambiarla por un caballo y una mula de alquiler. Desde ese momento, oficial, comenzamos a ensayar esa mirada, este acto y esta muerte en lo más profundo de nuestros cuerpos y de nuestros corazones.

Le confieso, dijo el mago, que me entran ganas de contarle las cosas que vimos y padecemos juntos, o las que supe luego que le había hecho su padre, o las que tuve que hacer para redimirla. Pero no lo haré. La vida me ha enseñado a atesorar el tiempo, las palabras y su irremediable insuficiencia. ¿Sabe? Hoy hace tres meses compré a mi mujer el vestido que usamos esa tarde. Un vestido de seda pura, ese material tan agradable al tacto, ideal para la magia de no ser porque es caro, y los magos no siempre nadamos en dinero. Como sea, se lo compré y ella estaba encantada, como una adolescente a quien hubieran comprado su primera joya de verdad. Ella ni siquiera preguntó por qué se lo daba. Se lo vistió enseguida y entró en la sala donde solíamos ensayar nuestro espectáculo. Fue como si entendiera que estábamos preparándonos para esa noche. Por eso no mostró sorpresa esa tarde, cuando notó que no había accionado yo el resorte para que ella flexionase el cuerpo antes del corte. Le confieso que temblé un poco al insertar la sierra en la hendidura. Y al percibir su vientre sobre la finísima tela miré su rostro, sus pupilas, sus labios rogándome que siguiese adelante. Entonces me detuve, lo comprendí todo justo a tiempo para apenas rozarla. Aún no, le dije. Necesitábamos del escenario y del público. Pero ella no entendió enseguida. Se puso furiosa, salió de la caja, se quitó el vestido y desnuda abandonó la sala. Yo la dejé hacer sabiendo que más adelante entraría en razón, que ella comprendería todo como yo antes lo había entendido todo: sus secretos, las barreras íntimas que hasta entonces se habían impuesto entre nosotros, nuestra mutua negación del placer, del dolor y del cuerpo.

Los cuerpos, dijo el mago para sí. Los cuerpos y el dolor, repitió. Por un instante me pareció que no seguiría. Se había abismado en una especie de trance, la boca abierta en el gesto de decir algo que se ha olvidado de repente, algo indebido o sencillamente incierto, como si en el interior de su cabeza alguien le hubiese ordenado callar. Finalmente sus labios se relajaron para decir: *Varka lubsk tacti dum daal, arokswa dwjaal*. Lo dijo tres o cuatro veces con hondo sentimiento y mínimas variantes que procuré registrar en mi libreta. Cuando terminó su letanía, el mago se me quedó mirando y con aire de censura paternal esperó a que yo terminase de escribir. Acto seguido me explicó que casi desde el principio él y su mujer habían tenido problemas en la intimidad, pues si bien había deseo entre ellos, a cada intento de tocarla el cuerpo de su mujer respondía con un insufrible cosquilleo y una risa que se trocaba en carcajada según las manos de él descendían rumbo al vientre. Lo intentamos todo, me dijo. Noches y más noches de tolerar en vano esa risa que ella misma era incapaz de explicar y que a mí simplemente me hacía pensar en el trato macabro que muchos años le prodigó su padre. Lo intentamos todo hasta comprender que sólo en la magia podíamos tocarnos y perpetuarnos. Si aquella abstinencia nos impedía engendrar un hijo que nos rescatase de la muerte, la magia podría salvarnos en la muerte. Durante meses rondé como un espectro entre los signos de mi oficio en busca de una salida. Un día por fin la hallé, compré el vestido y ensayé con mi mujer nuestro gran acto. Esa tarde, como he dicho, hallamos el sentido de nuestros fragmentos, dijo el mago. Esa tarde concebimos del triunfo de la verdad, y supimos que en la sierra se sustentaba la más fina extensión de mis dedos. Esa tarde, oficial, entendimos que con ese filo disiparía yo las tinieblas

de su vientre para extraer al fin el inocente conejo de nuestros más secretos deseos.

Viaje al centro de una chistera fue reconocido con el
xxi Premio Internacional de Relatos Policiacos Semana Negra.

OF MICE AND GIRLS

Me encantaría recordar Pigalle como si no hubiese vivido ahí, como si todo en ese barrio lúbrico hubiese desfilado ante el hombre que no fui entonces pero que secretamente ansiaba ser: un nómada hechizo, un turista lascivo, armado con una cámara fotográfica y los bolsillos henchidos de dinero para prodigarlo entre la multitud de descastados que en realidad fueron por un tiempo mis vecinos, mis amigos o incluso mis amantes. A muchos de ellos los veía de noche convertidos en reinas de la penumbra citadina y los hallaba al día siguiente en su implacable realidad de tornaboda: desmaquillados, ojerosos, curando su vampirismo en *La Sirene*, un cafetín de mala sombra regentsado por un inmenso gascón llamado Armagnac a quien todos apodaban crípticamente Deux Mains. Con semejante clientela, no era raro que aquel sitio fuese nido de todo tipo de escándalos, interrogatorios y exabruptos policíacos que acababan siempre con un cierre que duraba apenas dos días. Al tercer día, el implacable Deux Mains resucitaba de entre los presos para albergar de nuevo a su cohorte de putas, dealers, chulos y travestidos que acudían a *La Sirene* con una asiduidad tan sospechosa como la pronta excarcelación de su dueño.

No es que mis ingresos de aquellos tiempos diesen siquiera para autorizarme como un cliente más de *La Sirene*. Ocurre sólo que el selecto establecimiento de Deux Mains era lo único visible desde la ventanilla que iluminaba precariamente la sórdida *chambre de bonne* en la que entonces me tocó vivir. Un boliviano del Taller de Guión Publicitario me había convencido en mala hora de mudarme ahí con el seductor argumento de que una renta así, hermano, no se encuentra en este distrito desde que Napoleón era artillero.

Si el tipo sabía en qué suerte de agujero me estaba metiendo, es algo que prefiero no preguntarme. Apenas sé decir que me habían bastado dos llamadas para instalarme ahí y escasas cinco noches para arrepentirme de haberlo hecho. De cualquier modo, a aquellas alturas mi historial de malviviente parisino me había enseñado que toda renta compatible con mis ingresos y mi situación migratoria debía considerarse como una siniestra bendición, algo así como una apuesta mensual en favor de mi resistencia a los insectos domésticos, las goteras y el frío. Demasiado pronto comprendí que aquel cuarto en Pigalle no sería la excepción a esta regla, pero igual me resigné a quedarme ahí escudado en el mito de que las penurias padecidas en suelo europeo eran directamente proporcionales al futuro éxito de todo artista de renombre.

Quiere esa misma tradición que me detenga ahora en el sórdido anecdotario de mi vida en aquel cuarto de la calle Jean Baptiste Pigalle. Mas no pienso hacerlo. Creo que mi temprana renuncia a los espejismos de la vida artística me exenta de alimentar su aberrante mitología. Los años, la abulia y el fracaso me han vuelto más afecto a olvidar que a relatar aquellos años por los que hoy sólo alcanzo a sentir rabia y vergüenza. Si he mencionado de pasada las circunstancias que me llevaron a vivir en esa cueva, es porque en cierta forma dibujan el estado de ánimo en que entonces me hallaba y en cierto modo justifican mi indiscreto papel de observador de la debacle definitiva de *La Sirene*.

Hace unos meses volví a ver al boliviano que tuvo a bien colocarme en el cuarto de Pigalle. Para mi humillación, Edmundo ahora no sólo se ha convertido en un célebre escritor, sino que es también un respetable profesor en cierta universidad americana. Confieso que mi intención original al verle fue la de reclamarle el flaco favor que me hizo en París, pero al final sólo conseguí relatarle, casi con gratitud, el enigmático asunto de *La Sirene*. Mi antiguo camarada lo escuchó todo con atención culpable y finalmente, como si mi estrambótico relato fuese la cosa

más transparente del mundo, sentenció que algunos de los horrores más trepidantes nacen de ligerísimas transmutaciones de lo cotidiano. La realidad, añadió, es en sí misma perturbadora, aunque esto sólo podemos descubrirlo merced a ciertos cambios de perspectiva. La mente nos protege de la realidad, pero el ángulo del horror se encuentra siempre a escasos grados de nuestra rutina, aguardando el momento en que algo o alguien nos empuje de golpe a verlo todo desde una dimensión distinta, desde ese punto secreto en el que de pronto ha ocurrido una inversión acaso mínima, acaso risible, que sin embargo termina por exhibir una verdad inquietante.

Más que un descubrimiento, escuchar aquello fue para mí la confirmación tardía de que yo mismo había estado cerca de descubrir el ángulo del horror en mi habitación de Pigalle. Pero fue también, y sobre todo, el anuncio de que Edmundo no tardaría en desentrañar un enigma que llevaba varios años envenenándome el alma. De pronto me quedó claro que sólo él podría explicar con detalle la iluminación que el infausto Deux Mains debió tener el día en que decidió cambiar el rumbo de *La Sirene*. Un guiño y tres palabras le habían bastado a mi antiguo colega para convencerme de que también los hombres perversos tienen a veces fogonazos de genio, y que el innoble Deux Mains era la prueba viviente de ello.

A medida que avanzaba mi charla con Edmundo, se me hacía más sencillo imaginar al delincuente gascón una tarde de tantas, alcoholizado en *La Sirene*, o mejor, vigilante y vigilado en una celda de la penitenciaría local, una celda a la que ha ido a parar muchas veces pero a la que no desea volver, al menos no por los mismos motivos de siempre. Veo a Deux Mains harto, cansado. En su cabeza no marea el arrepentimiento sino el tedio mezclado con la necesidad imperiosa de hacer algo distinto, la ilusión de ofrecer a los asépticos turistas de Pigalle algo que no repita los manidos esquemas de la sensualidad y el escándalo, espectáculos que a esas alturas no escandalizan a nadie ni merecen que uno termine encarcelado por ellos. Esto y no otra cosa es lo que de pronto permite al gascón comprender que no se trata de llevar las cosas al extremo, sino de enrarecerlas el mínimo necesario para ubicarlas en ese punto del que Edmundo me hablará años más tarde: el ángulo del horror, el horizonte exacto para la contemplación exquisita de lo espantoso. En su encierro, Deux Mains lo ha comprendido y no dejará pasar un instante sin dedicar toda su energía a ejecutar su transgresión de lo apacible.

Poco tardó Deux Mains en maquinarse los términos en que había de dar forma a su iluminación. De repente estaba ya apostado en el umbral de *La Sirene*, no de noche ni a esas horas sin reloj en que los voyeuristas buscan el consuelo de un *peep hole* o una triste sala de cine porno, sino a plena luz del día, ufano, vigilante, aguardando con impaciencia inusual. No es que el gigante hubiera cambiado de manera visible. Era más bien como si su mera exposición al sol de mediodía fuese una suerte de trifulca privada, una provocación, un anuncio. Para entonces mi persistente observación por la mirilla de mi cuarto me había entrenado para reparar en ese tipo de sutilezas. Aún no estaba en condiciones de saber qué era exactamente lo que había cambiado en el sujeto de mi espionaje, pero mi idea de que algo excepcional iba a ocurrir en *La Sirene* no tardó en ser confirmada por la paulatina irrupción en escena de las nuevas empleadas de Deux Mains y, días más tarde, de sus efímeros aunque entusiastas clientes.

La primera mujer llegó veinte minutos antes de las doce. A su aprehensión se imponía un mohín de hastío que sin embargo era distinto del que marcaba siempre el rostro de las prostitutas con las que solía tratar Deux Mains. Su hartazgo era distinto, doméstico, resueltamente acorde con su aspecto de ama de casa exasperada por el llanto de un niño al que quizás acababa de dejar en la escuela o por el recuerdo de una montaña de platos sucios que seguramente le esperaban a la vuelta. Aun en esas horas de la mañana, su irrupción en Pigalle era aberrante, una

excentricidad atenuada por contraste con la marea de vagabundos y travestidos desvelados que esa vez la vieron pasar entre burlones y molestos. Deux Mains, por su parte, recibió a la mujer con entusiasmo. Puso las manos sobre sus hombros y la contempló de pies a cabeza con la dicha de quien acaba de encontrar en el fango una joya preciosa. Su alegría era tan estridente que parecía burlesca. Por un momento pensé que el gascón no tardaría en decepcionarse y despedir a la pobre protagonista de aquella breve entrevista de trabajo. Me equivocaba: al terminar su inspección, Deux Mains se limitó a pedir a la mujer que se recogiese el pelo y le pidió galantemente que pasara al interior del café.

La segunda mujer no era muy distinta de la otra, aunque esta vez Deux Mains fue más estricto con sus observaciones. Si bien no dejó de mostrar entusiasmo ante el aspecto de la dama, el gascón extrajo un pañuelo de su bolsillo y se lo extendió con la atenta súplica de que se quitara el poco lápiz labial y el discreto maquillaje que sonrojaba sus mejillas. La mujer protestó tímidamente, pero Deux Mains la reconvino con paciencia hasta que ella, sumisa y comprensiva, accedió a limpiarse el rostro para entrar luego en el café, de donde sólo salió dos horas más tarde con la prisa de quien sabe que se le ha hecho tarde para limpiar la casa o preparar la comida.

Aquella semana las visitas se repitieron y el número de mujeres creció hasta que fueron cinco o seis las que sumaron el contingente laboral de *La Sirene*. Siempre a mediodía, siempre escandalosamente cotidianas y nunca sensiblemente hermosas, bajaban solas o en pareja desde la estación del metro y caminaban sin prisa ni pudor hasta los brazos del gascón, quien terminó por aprobarlas siempre con el aplomo de un maestro de escuela. Y en la misma medida en que aumentó el número de aquellas mujeres, los habituales del café desaparecieron como si el propio Deux Mains los hubiese ahuyentado. *La Sirene* se transformó de pronto en un desolado cafetín donde todo parecía dispuesto para que pasara inadvertido o para que nadie sino yo notase que estaba por transformarse en otra cosa.

Cuando al fin llegaron los primeros clientes de Deux Mains, los vapores de mi imaginación, menos truculentos de lo que yo mismo pensaba, me apresuraron a concluir que el gascón había resuelto ofrecer a la clientela de Pigalle los servicios sexuales de auténticas amas de casa hambrientas de sexo y desafuero. Los signos, pensaba yo, no podían ser más claros: el aspecto esmeradamente doméstico de las mujeres, el disonante horario del servicio y el sigilo casi artificioso con que se efectuaba aquel comercio, eran para mí claros indicios de la naturaleza del nuevo negocio de Deux Mains. Es verdad que en ese entonces aquella oferta era más apetecible y menos frecuente que ahora, pero igual no pude dejar de sentirme un poco decepcionado por la explicación que me empeñaba en dar a los esfuerzos del gascón.

No sé ya si por fortuna o por desgracia, mi desilusión se convirtió en curiosidad patológica cuando observé con más atención las condiciones en que los selectos huéspedes de Deux Mains abandonaban *La Sirene* al cabo de una o dos horas. Descompuestos, balbuceando desazón en todos los idiomas de la tierra, los hombres que asistían a aquellas sesiones dejaban el café como quien baja de un avión que ha estado a punto de estrellarse luego de un titubeo lo bastante largo para confesarse ante Dios y acabar por maldecirlo. Más que físico, su daño era evidentemente anímico y seguramente irreversible.

Por si esto no bastara para desmadejar mis sospechas, a la desolación de aquellos caballeros tuve que agregar más tarde el asunto de las jaulas. Cada dos o tres noches, cuando Deux Mains había cerrado ya el café, un hombre menudo y turbio estacionaba en plena calle un viejo Peugeot y depositaba en el umbral de *La Sirene* dos o tres jaulas diminutas que al principio pensé que contenían pájaros, pero que más adelante descubrí llenas de inquietos ratones. Luego de

depositarlas con prisa, el mensajero se marchaba sin esperar a que Deux Mains abriese la puerta del café y desapareciese luego de mi vista con su extraño cargamento de roedores en los brazos.

Fue en una de esas furtivas entregas cuando sentí que el gascón me había descubierto. Siempre tuve el cuidado de simular mi observación, pero aquel hombre, estoy seguro, tenía ese olfato casi animal que caracteriza a los eternos infractores de la ley. Aun no sabía decir si esa noche el gascón supo que alguien había estado observándolo, pero bastó que su mirada se detuviese un segundo en la mía para que renunciara a mi voyeurismo por espacio de una semana.

En ese tiempo me dediqué en vano a tratar de encajar las piezas que me permitieran construir verosímilmente la escena que tenía lugar dentro de *La Sirene* entre las doce y la una. Con más espanto que avidez me esforcé de veras por dibujar las historias más extravagantes sin que ninguna de ellas fuera suficiente para justificar la devastación que reflejaban los visitantes del café, nunca demasiados, nunca reincidentes, pero siempre al parecer dispuestos a pagar lo que fuera por la aniquilación que les esperaba.

La única certeza que entonces fui capaz de obtener fue que aquel asunto tendría que terminar muy pronto y de la peor manera. Supongo que también el propio Deux Mains estaba convencido de ello, aunque el hecho le importase muy poco. El notable éxito de su empresa parecía inquietarle menos que su singular manera de haber tentado a la suerte infringiendo no sólo las leyes humanas, que ya no le imponían ningún respeto, sino una frontera mucho más trascendente, un límite de cuya perversión estaba orgulloso, y tanto, que secretamente esperaba por ello un reconocimiento, así fuera en la muerte o en el escándalo.

Aquella mezcla de premio esperado y castigo merecido llegó para Deux Mains a principios de invierno, en esos días en los que la oscuridad se desploma sobre todos y arrasa las horas de luz sin advertencia ni posibilidad de negociación. Esa tarde, mis votos por no asomarme a la mirilla fueron rotos por el invitante escándalo de una ambulancia. Convencido de que ahora no sería yo el único curioso que perturbase el olfato del gascón, busqué la mirilla y vi cómo sacaban de *La Sirene* el cuerpo exánime de un desbaratado caballero japonés. Junto a la ambulancia había una patrulla donde otro oriental discutía a gritos con un policía que en vano intentaba tranquilizarlo. El fogonazo de una cámara fotográfica condujo de pronto mi atención a la entrada del café, de donde vi salir a Deux Mains con las manos esposadas y la cabeza erguida. Detrás de él, también esposadas, salieron dos mujeres perfectamente ataviadas en su domesticidad y, al final, un segundo y desconcertado policía que llevaba en las manos un voluminoso cesto de basura cuyo interior fue también fotografiado por el ávido dueño de la cámara.

El epílogo de este desbarajuste, tal como años más tarde se lo contaría a mi amigo Edmundo, no parece menos enigmático que el relato de los preparativos, ejecución y debacle de la empresa de Deux Main. Al día siguiente de la escena que he contado, algún tabloide publicó la noticia de la clausura de cierto café en Pigalle donde se montaba con mujeres y roedores un infamante espectáculo cuyos detalles eran aún desconocidos. Llamaba sin embargo la atención que la denuncia de aquel crimen hubiese venido de una turbia sociedad fascista que, entre otras cosas, abanderaba no sé qué causa ecológica y argumentaba que los roedores habían sido objeto de indecibles torturas psicológicas, todo ello para deleite de los turistas que los contemplaban desde un incómodo *peep hole* perforado en el perfecto simulacro de una cocina. Nada decía la nota sobre la función que debían tener las mujeres en este perturbador espectáculo. Años más tarde, sin embargo, al escuchar este curioso colofón, Edmundo sonrió como si acabara de entregarle un libro abierto, impartió su breve cátedra sobre el ángulo del horror y me pidió que imaginara por un instante la escena de una mujer que friega con indiferencia una montaña de

platos sucios mientras un roedor agoniza de terror en el ángulo más remoto de la habitación. La escena al principio me pareció graciosa, pero debo confesar que ahora, cuando la invoco más de lo debido o en circunstancias determinadas, me provoca un lío de repugnancia y fascinación que nunca he conseguido soportar por más de media hora.

II

QUIMERAS DE TRES ORILLAS

GALATEA EN BRIGHTON

Me tomó algunos meses comprender que Sibhoan Kearney era el nombre irremediable de por lo menos dos mujeres distintas. Y cuando al fin pude apreciar las dimensiones de esa triste homonimia, era ya tan tarde que mejor hubiera sido no saberlo. Con frecuencia me pregunto por cuánto tiempo oí a mis padres citar aquel nombre antes de que este comenzara a quitarme el sueño. Nunca es fácil decidir en qué momento preciso una mención fortuita o un rostro cualquiera pasaron a formar parte de nuestro insomnio. Legiones de rasgos y palabras impactan cada día nuestros sentidos sin granjearse por ello un espacio en nuestra mente. Acaso intercambiamos miradas con un desconocido, leemos con alivio las esquelas de una funeraria o cedemos nuestro sitio en el tranvía a una joven hermosa que sin embargo olvidaremos enseguida. Los borramos para defendernos de la memoria pura. Los ignoramos porque no queremos que *todos* sean *alguien* para nosotros. O quizá también porque nos aterra la idea de ser *alguien* para *todos*. Los olvidamos, en fin, porque en el fondo sabemos que también el anonimato puede ser un deseo velado de la existencia.

Escribo esto y descubro con vergüenza que a la segunda Sibhoan Kearney le fue negado precisamente su derecho a no ser nadie. Puedo apostar que ella, hacia el final de sus días, hubiera dado lo que fuese por que su nombre no importase a nadie, al menos no a quienes la honramos hasta matarla. La imagino antes de todo, cuando era niña o adolescente, quién sabe si feliz, pero sin duda poco preocupada por llamarse como se llamaba. Su nombre, hasta el momento atroz en que lo descubrió mi padre en los registros de su banco, debió de ser como cualquier otro, resonante sólo para quienes la amaron o aborrecieron antes que nosotros: su madre viuda, un hermano que sólo alcanzó a escribirle dos cartas desde las trincheras del Somme, un novio acaso despechado que habría repetido aquellas sílabas de amor desde el fondo de la calle que conducía a su modesta casa en Cockfosters. Un nombre para ella dulce o neutro, un nombre que, no obstante y sin que ella lo supiese, se iba cargando de fatalidad en las sesiones espiritistas que por años ofició madame Doucelin en nuestra casa solariega de Brighton.

* * *

Los devotos de la madame llegaban siempre a las cinco: anchos, atildados, diestros como nadie en la elegancia de quienes llevan mucho tiempo compartiendo mezquinas transgresiones. Ahogaban su espera con la repostería de mi madre y se embarcaban en charlas banales que sólo hacían más enervante la impuntualidad de madame Doucelin. Siempre parecía intolerablemente tarde cuando la figura inmensa de la médium ensombrecía el umbral de la casa. Su sola presencia, sin embargo, bastaba para que los miembros de su conventillo le perdonasen todo: su informalidad, la perfumada grosería de sus modales, sus cien kilos de ser escandalosamente francesa. Daba pena verles tan sumisos a la fuerza espiritual de aquella mujer enorme, tan dispuestos a celebrar sus desaires y cumplir sus más leves caprichos como si proviniesen de una deidad telúrica, providente y terrible al mismo tiempo. Ella, por su parte, se dejaba querer y temer, jugueteaba un rato con la ansiedad del conventillo y sólo se avenía a iniciar la sesión cuando era noche cerrada y la vehemencia de sus devotos comenzaba ya a volverse insostenible. Aquella postergación era tan frecuente y estudiada como las propias sesiones, y no me extrañaría que la madame la juzgase parte de su ritual ultramundano, un necesario desgaste para quebrantar

las defensas de los comensales y disponerles para creer ciegamente en las cosas que ella, transfigurada y solemne a la luz de las velas, les decía luego desde la frágil línea que nos separa de los muertos.

Ignoro cómo o cuántas veces fui testigo de los prodigios espiritistas de madame Doucelin. Seguramente fueron muchas, pues sus visitas a Brighton nunca fueron en mi casa motivo de secreto, ni siquiera de discreción. Mi padre hablaba de las sesiones como quien comenta un partido de cricket, y mi madre las preparaba siempre con el mismo esmero con que habría administrado las raciones para un almuerzo dominical. Cuando aludían a los espectros que la noche previa habían acudido a sus invocaciones, lo hacían como si se tratara de un político en desgracia o de una soprano que ha cantado bien un aria en Covent Garden.

Naturalmente, mis padres y los demás miembros del conventillo tenían sus preferencias en lo que hace a sus visitantes del más allá: ciertos nombres podían repetirse en nuestras sobremesas hasta volverse cotidianos, otros podían apasionarles, causar trifulcas entre ellos, caer en desgracia o incluso merecer que nadie volviese a nombrarles, no se diga a invocarles. Y aunque nunca tuve claro qué etiqueta podía ganarle a un alma en pena el afecto o el desprecio de los vivos, muy pronto me acostumbré a convivir con ellos y tolerarlos en mi infancia como otros deben hacer con parientes que se resisten a ser lejanos o con la prole invasiva de extraños que fueron al colegio en las mismas aulas que nuestros padres.

Mentiría si dijese que la primera Sibhoan Kearney fue desde el comienzo una muerta de excepción para los seguidores de madame Doucelin. Sus primeras apariciones en la casa de Brighton apenas debieron de sembrar en ellos cierta curiosidad por su vida desastrada o por las minucias de un suicidio con barbitúricos que, en realidad, no difería gran cosa de la de muchos otros espectros invocados por la voz ventral de la médium. Después de todo, no era inusual que los suicidas pululasen en las sesiones para narrar a los vivos los mórbidos detalles de sus últimos instantes en el mundo. Ciertamente esos casos sembraban algún interés en el conventillo, pero el entusiasmo o el morbo que generaban se extinguían tan pronto como habían venido, casi siempre desplazados por las confesiones de algún suicida más elocuente, más audaz o, por lo menos, más lúbrico.

No es entonces improbable que el fantasma de la suicida Sibhoan estuviese cerca de pasar al olvido cuando mi padre descubrió a la joven que, para su mal, llevaba sin saberlo ese mismo nombre. Culpar de esto sólo a la casualidad me parece hoy tan absurdo como creer a ojos cerrados que la primera Sibhoan lo dispuso todo desde el infierno para que así ocurriera. Antes que el azar o los designios de ultratumba, los verdaderos responsables de esa escaramuza fuimos los vivos, seres de carne y hueso cuyo guía no fue otro que mi padre. Fue él quien cierto día reconoció el nombre de Sibhoan Kearney en la lista de pequeños clientes proletarios de su banco en Londres. Y fue él también quien esa misma tarde celebró el hallazgo entre los devotos de madame Doucelin, inocente al principio, entusiasta luego, delirante al fin cuando notó que también ellos, sus contertulios y amigos, veían en el hecho algo más que una curiosa coincidencia, quizá más bien una señal, una invitación a refrescar un juego espiritista que a esas alturas había comenzado ya a aburrirles.

* * *

No dudo que al principio lo hayan concebido así, como un juego, un simple juego más o menos inocente, algo similar a una especulación bursátil en la que algunos cientos de libras,

audazmente administrados por mi padre, enriquecerían por fuerza el anecdotario de su conventillo en Brighton. Nada de esto, sin embargo, les absuelve de haber seguido con su macabro pasatiempo cuando advirtieron hasta dónde tendrían que llevarlo para sentir que su inversión había valido la pena. Por lo que hace a madame Doucelin, su parte en esa industria me resulta hoy extrañamente difusa: a veces la concibo como artífice última de la debacle de la segunda Sibhoan, algunas la veo reacia a participar en ella, y otras, las más, la pierdo entre los rostros de sus devotos como si, en efecto, la médium hubiera sido un mero instrumento, un amasijo de carne blanca y resonante sometido por entero a los designios de la primera Sibhoan, la muerta.

De este vórtice inestable de memorias apenas puedo rescatar con claridad la noche en que mi padre relató a sus cómplices los pormenores de su primer encuentro con la nueva Sibhoan Kearney. Lo veo ensanchado en el sillón que preside la sala, sonriente, orgulloso como un patriarca que se dispone a contarnos sus desmanes de juventud. Junto a él, erguida en un pequeño taburete, mi madre también sonríe, casi puedo asegurar que aplaudiría si no la contuviese su estricto sentido del recato. De cualquier modo, mi madre no deja de exigir a su marido que les diga de una vez lo que todos ansían oír: quieren saber qué aspecto tiene la muchacha, si se sintió inhibida por la célebre opulencia de la oficina bancaria, si aceptó de buenas a primeras el generoso trato que al cabo le hizo mi padre o si mostró algún interés por la muerta cuya fortuna estaba a punto de usurpar sin saber que con ello asumía también su turbulento destino.

Así apremiado por sus cómplices y amigos, mi padre narra y retrata. En dos trazos describe a la rústica muchacha que esa mañana entró en su oficina manoseando la carta que él mismo había redactado sugiriéndole invertir sus ahorros en el mercado del hierro. Imita luego la voz tímida de Sibhoan Kearney cuando esta le dijo que seguramente se trataba de un error, pues ella nunca había visto junta tal cantidad de dinero. Mi padre, entonces, exagera su sorpresa cuando revisó con simulada atención los registros bancarios y juró despedir al empleado imbécil que no supo distinguir entre las cuentas de ambas mujeres. Finalmente, abusando del silencio en que han caído sus oyentes, vuelve a fruncir el ceño, contempla a la muchacha, finge meditar y le dice con un guiño cómplice que sin duda ese dinero estará mejor en sus manos, pues es evidente que su dueña original hace tiempo que dejó de necesitarlo y sería una pena, señorita Kearney, que esa pequeña fortuna pasara sin más a las arcas del banco.

Al oír esto la concurrencia celebra por todo lo alto la actuación de mi padre. No hace falta preguntarle qué ocurrió enseguida. El conventillo de Brighton sabe que la muchacha, con reparos o sin ellos, ha aceptado aquel súbito giro de su suerte. ¿Quién no lo haría en su situación? Ya imaginan a la muchacha soñando con vestidos nuevos, tomando ese taxi que necesitó tantas veces cuando la lluvia la sorprendía en los descampados de Southgate, aplaudiendo en la fila cero del Strand esa obra de teatro a la que nunca creyó poder asistir. A esas alturas los presentes, en especial mi madre, han comenzado ya a concebir mil maneras de sacar el mayor provecho posible de la ilusión que mi padre sembró esa mañana en las ansias de Sibhoan Kearney. Ahora que la saben a su alcance, quieren poseerla por completo, adueñarse de ella, cortejarla, redimirla de su vergonzosa medianía. Buscan, en fin, la forma de controlar su suerte con la misma ilusión con la que un niño cree que podrá algún día regir la fuerza de las mareas o de los astros.

* * *

Siempre me han estremecido la energía y la eficacia con que en esos meses el conventillo

de Brighton llevó a efecto sus planes para renovar la suerte de Sibhoan Kearney. Era como si auténticas fuerzas del más allá se hubiesen confabulado a fin de que triunfase la impostura de aquella segunda Sibhoan. Invitada por mi padre, su ángel protector, la muchacha comenzó a visitarnos en Brighton, donde las damas del conventillo se consagraron enseguida a cortejarla, redimirla e instruirla para que respondiese dignamente a la generosidad de la providencia. Entre bromas y veras la felicitaron por su buena estrella, la iniciaron en las normas más elementales de la etiqueta que debía respetar si quería ser aceptada en sociedad, eligieron para ella los vestidos, el maquillaje y aun el peinado con que empezó a asistir a la ópera y al hipódromo. La muchacha se prestó a aquella transformación con la docilidad de una muñeca de trapo en manos de un grupo de niñas sobreexcitadas y enormes. Casi con alegría obedeció cada una de sus instrucciones y vistió cada uno de los sombreros que le asignaron, se entregó sin chistar a agotadoras sesiones donde le mejoraron el acento y hasta la educaron para que su ignorancia en materia de música y política pareciese antes una virtud de dama bien criada que un defecto de su origen modestísimo. Tal fue su docilidad, que en menos de dos meses hubiera sido imposible reconocer en ella a la humilde muchacha de Cockfosters a la que mi padre había citado alguna vez en su despacho.

Debo aclarar a todo esto que la tenaz metamorfosis de Sibhoan Kearney tuvo sus límites, acaso porque ninguna de sus hadas de marras quiso nunca renunciar del todo al placer de exhibir el fondo grotesco de aquella acartonada Cenicienta. Más que hermosa o refinada, la muchacha terminó por parecer un borroso catálogo de buenas maneras, una máscara que sin embargo nunca pudo anular el carácter híbrido y monstruoso de la condición de su dueña. Gracias a la indiscreción y la jactancia de los miembros del conventillo, la verdad sobre la fortuna de la señorita Kearney fue un secreto a voces en los círculos más selectos de la alta sociedad londinense, y tanto, que la muchacha no tardó en convertirse en el juguete temporario de Ascot y Covent Garden, en una suerte de prodigio circense alimentado por aplausos y falsos halagos que ella, desde su radical ingenuidad, aceptó de plácemes como si en verdad fuesen pruebas incontrovertibles de que había sido aprobada por los que antes cortejaron a la dueña primera de su nombre, su dinero y su destino.

* * *

No hace mucho tiempo, pregunté a mi padre si alguna vez consideró que tarde o temprano sería necesario desengañar a la muchacha. Mi padre me miró extrañado y se encogió de hombros como si esa fase de su juego nunca hubiera ocupado sus pensamientos. O peor aún, como si a esas alturas el nombre de Sibhoan Kearney no le dijese absolutamente nada. Entonces me aterró descubrir que la historia de la muchacha había sido para él tan importante como un viaje de negocios a Newcastle o una cacería en Bretaña. Sin duda, el tiempo que duró el desfile de Sibhoan Kearney por los salones de Londres había dado a mis padres numerosas satisfacciones, pero a la postre había sido también un descalabro que juzgaron conveniente olvidar tan pronto como la muchacha desapareció de nuestras vidas y del mundo.

Más que avergonzarle, el desenlace de aquel juego sólo pudo provocar en mi padre un efímero estallido de rabia, acaso lo sacó provisoriamente de sus cabales como la derrota de un caballo por el que había apostado más de lo prudente. Lo mismo vale decir por los restantes miembros del conventillo de Brighton, que en el fondo nunca perdonaron a la muchacha su exceso de credulidad. Cuando su industria dejó de parecerles novedosa, mi padre y sus cómplices

comenzaron a ver en el entusiasmo de Sibhoan Kearney un síntoma de su irremediable mal gusto. Les indignó que la muchacha se sintiese efectivamente a nuestra altura y, sobre todo, que creyese en la honestidad de las flores y los billetes perfumados con que de pronto se dio a cortejarla un gomoso cuarentón de Bristol. Las mujeres del conventillo tomaron por una ofensa imperdonable que la muchacha dejase de frecuentarlas para entregarse a una felicidad que ninguno de sus creadores podía brindarle o escamotearle. Todavía puedo escuchar la irritada voz de mi madre cuando comentaba el penoso espectáculo de la muchacha cogida del brazo de aquel cazafortunas, de ese patán que sólo la quiere por su dinero. *Nuestro* dinero, añadía mi madre como si dijese también *nuestra* Sibhoan, *nuestra* criatura. Las otras damas del conventillo se indignaban con ella, reprobaban la ingratitud de las mujeres ordinarias, pero qué puede una esperar, amigas mías, de esa gentuza.

El conventillo de Brighton debió de sacar de semejante indignación la fuerza que le faltaba para dar fin a su infame pasatiempo. Tal vez un jugador más justo o piadoso habría propuesto hablar seriamente con la muchacha, advertirle de los peligros que la amenazaban si seguía juntándose con el solterón de Bristol, aconsejarla como lo habría hecho su madre: con cariño pero con firmeza. Pero ese tipo de compasión estaba vedado a los cínicos de Brighton: Sibhoan Kearney no era su hija, y ellos debían cuidarse de caer en vanos sentimentalismos. Más que sus hadas, los miembros del conventillo debían asumirse sus parcas, y estaban obligados a actuar como tales si en verdad deseaban evitar que la muchacha los despeñase en el ridículo.

* * *

La responsabilidad de cortar los hilos que unían a las dos Sibhoan recayó nuevamente en mi padre. La operación, simple e ingrata, fue ejecutada con limpieza quirúrgica. Mi padre no citó a la muchacha en Brighton, sino en la oficina bancaria donde había empezado todo. No la estrechó ni la bendijo. Ni siquiera le reclamó sus desaires al conventillo o sus coqueteos con el caballero de Bristol. Simplemente le anunció que había aparecido inopinadamente un heredero de la difunta señora Kearney y que este, con toda justicia, reclamaba la fortuna de la cual el conventillo, con la mejor de las intenciones, se había atrevido a disponer. Desde luego, añadió mi padre, él se encargaría de asumir la significativa merma que en el caudal de la difunta señora Kearney había ocasionado su irreflexivo acto de altruismo, pero no necesito decirle, señorita, que por desgracia ya no nos será posible seguir ayudándola como hasta ahora lo hemos hecho.

Ni esa ni ninguna otra tarde pudo el conventillo de Brighton regodearse con un histriónico relato del nuevo encuentro entre mi padre y la infortunada muchacha. Es incluso posible que esa noche prefiriesen no reunirse, no ver la cara de mi padre cuando se sentó a cenar y anunció sin más que todo estaba hecho. Mi madre guardó silencio. Recuerdo ahora su mandíbula distraída en masticar un pedazo de carne ofensivamente duro, su mente acaso concentrada en imaginar el rostro pálido de la muchacha al recibir el golpe de su vuelta a la indigencia, sus manos aferradas a un suntuoso sillón de cuero negro que no basta para sostenerle, los ojos que se apagan porque ya anticipan el día en que el caballero de Bristol la dejará plantada en los jardines de Kensington hasta que llegue la noche y ella comprenda que sólo una sobredosis de barbitúricos le permitirá seguir siendo Sibhoan Kearney, la única.

MIRANDA EN CHALONS

Debo a la generosidad de monsieur La Condamine el raro privilegio de haber conocido a Marie-Angélique Le Blanc. El 28 de marzo mi llorado amigo apareció intempestivamente en el Hotel d'Espagne y preguntó si me sentía con ánimos de conversar con la niña salvaje de Chalons. La pregunta era retórica: nuestra correspondencia en los últimos meses no versaba de otra cosa que no fuera la vida de esa pobre mujer y los avatares que de ella contaba madame Hacquet en su pequeña biografía. Desde que tuve aquel librito en mis manos sentí que la historia de esa muchacha me pertenecía como si hubiese sido escrita y aun vivida expresamente para mí. Así se lo hice saber a La Condamine en una de las cartas que le envié poco antes de partir hacia París. A lo que él, siempre dispuesto a compartir las obsesiones de un colega, me respondió con la firme promesa de allanarme el camino a la causa de mis desvelos.

Para ese entonces mis estudios sobre el origen del lenguaje habían llegado a un punto muerto. Trabajar con primates, idiotas y dementes me había empujado menos a la verdad que a la duda. Me había ahogado en una ciénaga de ideas y sombras que, a mi juicio, sólo se disiparían cuando al fin pudiese hablar con la salvaje de Chalons. La biografía de madame Hacquet era en verdad estremecedora, pero era asimismo insuficiente para desvelar los secretos científicos que encerraba su extravagante relato.

Fue con tal convicción que aquel mediodía de marzo me dejé arrastrar a la calle por monsieur La Condamine sin apenas tener tiempo de dejar mis baúles a buen recaudo en el hotel. Mi amigo frisaba entonces los setenta años y estaba sordo como una tapia. Aun así, ese día me condujo por las calles parisinas con un vigor envidiable. Casi a trote cruzamos el Sena y llegamos hasta un sórdido edificio en los flancos de la iglesia de Saint Gervais. Antes de entrar, mi noble guía se detuvo al fin para pedirme que no me dejase distraer por las condiciones en que hallaríamos a la muchacha. Dijo que mademoiselle Le Blanc era sin duda oro molido para hombres como nosotros, pero hacía ya mucho tiempo que su historia y su persona habían perdido novedad entre los legos. Tras la muerte de sus protectores más generosos, la muchacha ahora vivía sola, enferma y pobre en aquel gris apartamento de la rue Guénégaud. Se ganaba la vida bordando flores artificiales o arañando las exiguas donaciones que a veces le enviaban las hermanas del Couvent des Regents o el propio La Condamine. Las ventas del libro de madame Hacquet no habían ido muy bien, de modo que la muchacha conservaba un buen número de copias y las encajaba a sus escasos visitantes a precios que algo tenían de mendicidad. En una palabra, concluyó mi amigo, la niña salvaje de Chalons había dejado efectivamente de ser niña y salvaje, pero eso distaba mucho de haberla convertido en un feliz ejemplo de la fuerza redentora de la civilización.

Recuerdo que las advertencias de monsieur La Condamine me parecieron en ese momento innecesarias, pues no me eran ajenos los muchos avatares que habían hecho oscilar a mademoiselle Le Blanc entre la gloria y la miseria. Conocía de sobra los esfuerzos con que el vizconde d'Epinoy había logrado humanizar a la pequeña fiera cuando esta, niña aún, salió del bosque sembrando el pánico entre los pobladores de Chalons, la paciencia con que le enseñó sus primeras palabras en francés, el tesón con que le hizo renunciar a la costumbre de comer carne cruda. Y sabía también del denuedo con que el duque d'Orleans y las monjas de Champagne continuaron esa gesta civilizadora tras la muerte del Vizconde. El libro de madame Hacquet daba puntual cuenta de todo esto y, a fin de estimular la generosidad de nuevos patrones, denunciaba

el abandono en que había ido cayendo la muchacha. Los esfuerzos de la biógrafa fueron en vano: con el paso del tiempo, la niña salvaje se había convertido en una mujercita turbia cuyo único atractivo radicaba en las borrascas de un pasado que resultaba para el mundo cada vez menos trágico y más incómodo. Ni bestia ni dama, Marie-Angélique Le Blanc era la obra trunca de un destino veleidoso: Dios o el Diablo habían querido que sobreviviese incontables raptos, naufragios y vejaciones para entregarla luego a la benevolencia de personas bien dispuestas a devolverle su humanidad. Acaso en otros tiempos aquella habría sido una historia afortunada. Ahora, sin embargo, era prácticamente imposible discernir si en verdad lo era o si hubiera sido mejor que la niña nunca hubiese salido del frondoso bosque de Chalons.

* * *

Todo esto había pasado por mi mente mucho antes de escuchar las advertencias de mi amigo, pero la realidad estaba a punto de superar mis más audaces conjeturas. En cuanto entramos en el edificio supe que nada habría podido prepararme para aceptar sin más lo que allí me esperaba. Mademoiselle Le Blanc vivía en el tercer piso, al que se llegaba por una escalera tenebrosa y gimiente. Su apartamento no era más que una buhardilla, apenas iluminada por una ventana mínima y casi tapiada por los muros traseros de la iglesia de Saint Gervais. Reinaba allí una pulcritud fustigante, entre carcelaria y conventual. Era como si el orden de aquel apartamento fuese un reflejo de la lucha cotidiana de su habitante por impedir que la indigencia la devolviese al estado salvaje del que una vez la rescataran los campesinos y los prohombres de Champagne.

En cuanto a Memmie, como quiso presentármela nuestro común amigo, la impresión fue aún más inquietante. Según mis cálculos, la mujer debía tener ahora poco menos de cuarenta años, aunque su aspecto le daba varios más. Sus modales eran todavía los de una adolescente más o menos instruida, pero sus canas, su peso excesivo y su boca desdentada daban a su jovialidad un aire desolador. Más tarde recordé que Memmie había perdido la salud muy pronto en su vida, cuando las monjas de Champagne le prohibieron nadar, trepar árboles o correr libremente por el campo. Los dientes se le habían caído aun antes de entrar en el convento, probablemente en casa del vizconde d'Épinoy, donde un cambio drástico de dieta habría consumido su cuerpo hasta engendrar en ella a la anciana obesa y prematura que años después me presentaría en París el buen monsieur La Condamine.

En mi vida he estudiado media docena de antiguos niños salvajes, en su mayoría adultos y acaso algún anciano. Todos ellos presentaban malformaciones, taras incorregibles que atajaban cualquier intento de hacerles pasar por individuos normales. También Memmie las tenía, aunque sus defectos físicos eran por comparación tan sutiles como enorme su conciencia de ellos. A la monstruosidad de los otros salvajes se oponía la angustia de esa pobre mujer que, para su mal, era plenamente capaz de reconocer lo que la hacía diferente de su prójimo y la manera en que la vida la había incapacitado para ser una persona común. Por eso, lo que en otros casos habría podido ser un afortunado vuelco de la suerte, era en el suyo una terrible ironía: su vuelta a la consciencia y al lenguaje sólo había servido para restregarle la medida de su infortunio, su torpeza para vencerlo y su incapacidad para entender por completo los mecanismos de la justicia humana o divina.

No quiero decir con esto que Memmie diese en ningún momento muestras de rencor hacia quienes quisieron civilizarla. El suyo era más bien un problema de índole moral. Bastaba conocer

su historia para saber que ni ella misma podía estar plenamente convencida de su buena estrella. Atrapada entre las fuerzas de la gratitud y el desencanto, la salvaje de Chalons habría entendido que estaba en deuda con muchas personas, una deuda no obstante impagable que habría hecho de su vida una campaña inútil por disimular las cicatrices que habrían quedado en ella a pesar de sus esfuerzos y los de sus protectores.

Esa tarde la muchacha me recibió con numerosas fórmulas de cortesía en las que pude apreciar un acentuado acartonamiento, la angustia de quien ha estudiado una lección difícil y teme equivocarse en el momento menos pensado. Azuzada por monsieur La Condamine, Memmie pasó enseguida a narrarme su historia sin desviarse un punto de lo que decía el libro de madame Hacquet. Sin apenas titubear recitó para mí los pocos recuerdos que supuestamente le quedaban de una insondable nación gélida de la que habría sido raptada por traficantes de esclavos cuando tenía seis o siete años. Luego me contó su larga travesía en un barco, donde la pintaron de negro para venderla en tierras más cálidas, seguramente caribeñas. Habló después de otro barco, un barco que yo siempre imaginé inmenso y cruel, amenazado de pronto por un naufragio en el que ella y otra niña negra habrían sido abandonadas por la tripulación despavorida. Me dijo cómo nadaron hasta las costas de Francia y cómo en sus bosques aprendieron a comunicarse con ademanes, a imitar el trino de los pájaros y a alimentarse de ranas, conejos e insectos. Me habló por último del día en que ambas pelearon por un espejo hallado en mitad del bosque, y de cómo se separaron luego de que Memmie abriese una profunda herida en la cabeza de su compañera de fatigas.

Fue en este punto de su historia cuando me decidí a interrumpirla. Estaba claro que la muchacha había estudiado su lección y que solía recitarla íntegra a quien quisiera oírla. Mi traducción del libro de madame Hacquet me permitió muy pronto entender que el testimonio de Memmie Le Blanc sería una calca del relato que su biógrafa habría escrito y fijado para ella. Por un instante me aterrorizó la idea de que esa curiosa inversión hubiese agotado sin remedio la memoria espontánea de la muchacha, cuyos recuerdos ahora serían tan sólo un eco de las palabras y la voluntad ordenadora de madame Hacquet. Debió de ser aquel temor lo que esa tarde me hizo interrumpirla para buscar en ella pasajes, giros y sensaciones que no hubiesen sido ya transcritos por la paciente pluma de su biógrafa. Sin piedad, aunque no sin esperanza, pregunté a la muchacha qué recordaba haber sentido tras abandonar a la otra niña herida en los bosques de Chalons. Al oír esto Memmie Le Blanc adquirió una blancura sublunar. Por espacio de un segundo desplazó con rapidez los ojos como el animal que ha olfateado el peligro y escruta la maleza para saber de dónde le vendrá el primer zarpazo. Finalmente abrió un poco los labios y me dijo: —Nada, señor. Entonces no sentí nada—. Sus pupilas ahora se habían congelado en un punto impreciso de la ventana. Monsieur La Condamine dormitaba en su silla. —¿Está segura?—, le pregunté esperando que la respiración de mi amigo apaciguase el de la muchacha. Mademoiselle Le Blanc asintió con firmeza. Era evidente que mi pregunta la había estremecido de raíz. Bien sabía yo que madame Hacquet había tocado esas mismas fibras muchos años atrás, y que también entonces la muchacha declaró no haber sentido culpa, soledad o congoja al separarse de la pequeña niña negra. Ahora, sin embargo, al escuchar de viva voz su respuesta, percibí en la actitud de Memmie Le Blanc un importante matiz. No es que dudase de su capacidad para recordar sentimientos que en ese entonces ni siquiera formaban parte de su parco vocabulario de trinos y bufidos. Era más bien la intuición de que algo había ocurrido en ella a medida que el lenguaje había ablandado los meandros más oscuros de su consciencia. Algo enorme y atroz, algo que madame Hacquet habría pasado por alto porque aún no estaba allí del

todo. En su libro, la biógrafa describe con minucia la trifulca del espejo, y asienta a la letra que la niña aseguraba *nunca* haber sentido soledad o tristeza por haber reñido con su compañera. Quizá en el pasado aquella afirmación había sido correcta, pero al cabo de unos años el *nunca* de la niña salvaje había sido reemplazado por el estremecedor *entonces* de la solitaria Memmie Le Blanc. Después de todo, pensé, la muchacha estaba siendo conmigo tan honesta como enfática: la niña que fue en Chalons ciertamente ignoraba qué eran la tristeza o la soledad, pero la mujer en la que la habíamos convertido lo sabía demasiado bien, y tanto, que ahora le era imposible deslindar su humanidad de su melancolía, una congoja de proporciones bíblicas que le emponzoñaba cotidianamente el alma como si la hermosa cesta del lenguaje hubiese encerrado para ella sólo un áspid furioso.

* * *

De las muchas consecuencias que tuvo para mí aquella entrevista, ninguna lamento tanto como el efecto que esta tuvo en la salud de monsieur La Condamine. No bien abandonamos el edificio de la rue Guénégaud, mi amigo se desplomó en plena acera. Agotado por nuestra caminata, y quizá también por el frío que imperaba en el apartamento de mademoiselle Le Blanc, esa noche el viejo se allegó una pulmonía que estuvo cerca de enviarle a la tumba. Su convalecencia fue larga y penosa, sobre todo para él, que había sorteado incontables fiebres en las selvas americanas y no estaba dispuesto a morir por un simple paseo por la ribera izquierda del Sena. Sólo una semana después de nuestro encuentro con la muchacha me atreví a comunicarle mi intención de salir cuanto antes a Champagne, donde esperaba disipar algunas de las muchas dudas que mi encuentro con Memmie me había sembrado en el pecho. Recuerdo que esa vez mi amigo me miró como si supiese exactamente cuáles eran esas dudas y en qué medida sería capaz de resolverlas visitando los contornos de Chalons. A juzgar por su actitud, mis expectativas de sacar algo en claro no eran muy halagüeñas, pero igual aprobó mi obsesión con una sentencia cuyo significado sólo comprendí meses más tarde. –Vaya, pues, querido Burnett – me dijo con un hilo de voz–. Recuerde sólo que no está usted para salvar ni condenar a nadie.

La crítica advertencia de monsieur La Condamine me escoltó como ave carroñera en el camino a Champagne. Aún podía escucharle cuando llegué al Couvent des Regents, donde me recibieron la abadesa y otra monja muy anciana que decía recordarlo todo sobre el tiempo que la niña había pasado en el convento tras la muerte del vizconde d’Epinoy. Por ellas supe que Memmie, quien tendría entonces unos doce años, había perdido allí sus últimos vestigios de salvajismo. El cariño, la piedad y la estricta disciplina de las religiosas habían continuado la obra del vizconde hasta lograr que Memmie se consagrara a devociones propias de su condición y de su género. La niña, aseguraba la anciana, desarrolló gracias a Dios un temperamento dulce y festivo, nada que recordase los desplantes que la caracterizaban cuando salió del bosque. Por lo que hace a su educación, Memmie mostró desde muy pronto un intenso deseo de vestir los hábitos, señal inequívoca de que sólo al Altísimo debía la niña el privilegio de haber vuelto a habitar entre sus congéneres. –¿Y qué ocurrió entonces? –interrumpí con una vehemencia de la que ahora me avergüenzo–. ¿Por qué no pudo consagrarse mademoiselle Le Blanc a la vida religiosa?–. La monja anciana no supo responderme. Clavó la vista en el suelo y esperó conmigo las palabras de la abadesa. –Le aseguro que todas aquí adorábamos a Marie-Angélique, señor Burnett –dijo esta poniéndose de pie–. Pero algunas cosas simplemente no pueden ser–. Acto seguido me explicó que el confesor de Memmie, un párroco de Chalons llamado Tiffauges, había

resuelto que la muchacha no estaba en condiciones de vestir los hábitos, pues sus pecados eran tantos como nula su capacidad de arrepentimiento.

La sentencia me dejó perplejo. La abadesa la había invocado sin emoción, como si el mero hecho de cuestionar la sabiduría de un sacerdote hubiese sido una falta imperdonable. Un temblor de indignación me estremeció mientras trataba de entender qué pecado podía haber cometido una niña salvaje, o en qué cabeza cabía exigir arrepentimiento a quien había cometido una falta cuando se hallaba fuera de las márgenes de la consciencia. Estaba claro que las religiosas del Couvent des Regents habían acatado el fallo del párroco sin indagar demasiado en él, por obediencia, por miedo o simplemente por abulia. Pero, ¿cómo se lo habrían explicado a la pequeña Memmie? ¿Lo hicieron o sólo se lavaron las manos arrojándola en la vida adulta sin que ella supiese nunca qué había hecho para no merecer la salvación que con tanto ahínco le habían ofrecido?

Abandoné el convento con estas preguntas e indignaciones en la mente. Mi interés por el lenguaje de Memmie Le Blanc había sido desplazado por otra obsesión: el alcance de su inocencia o de su culpa, o que en cierta forma tenía también que ver con la culpa o la inocencia de todos nosotros. En mi recuerdo de la triste mujer de la rue Guénégaud dominaba ahora la expresión insoportable de un remordimiento que yo entonces no había sido capaz de percibir, una pena bañada en rencor, como si al paso de los años y las tribulaciones la niña salvaje hubiese al fin entrado en plena consciencia de que sus amorosos patrones la habían hecho objeto de un experimento brutal. Gracias al lenguaje, Marie-Angélique Le Blanc se había convertido en un rencor vivo, en la encarnación misma de la culpa por un acto que ni siquiera estaba segura de haber cometido, una falta que se había transformado en pecado cuando su memoria al fin pudo nombrarla con todas sus letras. Cuál era esa supuesta falta o en qué medida había destruido el alma de la muchacha, era algo que sólo podría saber cuando hablase de nuevo con ella o con monsieur La Condamine.

* * *

Me bastó mirar su rostro para saber que La Condamine había estado aguardando mi regreso, ya no sólo como el amigo que añora una charla cómplice, sino como el padre que ha dejado partir a un hijo a un viaje peligroso aunque necesario para forjarle el carácter. En efecto, mis días en Chalons me habían sacudido profundamente. En apenas tres jornadas sentía haber envejecido una eternidad. Ni mis viajes más extensos habían sembrado en mí una tal aprehensión. Me sentía exhausto, temeroso, molesto por algo que no acababa de explicarme, pero que me corroía la entraña a gran velocidad. Estaba naturalmente convencido de que monsieur La Condamine había callado una parte de la historia de Memmie Le Blanc, y me era en verdad difícil no sentirme agraviado por ello. Ahora esperaba que mi amigo tuviese al menos la cortesía de contármelo todo de una buena vez. Por algún motivo inescrutable, me creía con pleno derecho a saberlo todo sobre la niña salvaje de Chalons y estaba incluso dispuesto a enfrentarme con mi guía para conseguirlo.

Por fortuna, no tuve que llegar a tales extremos. Esa tarde monsieur La Condamine se mostró dispuesto a saldar sus deudas. Aunque había mejorado ostensiblemente, aún no se atrevía a salir de casa ni a dar por terminada su convalecencia. Su sonrisa, que en otras condiciones habría sido para mí un motivo de celebración, me pareció en ese momento imperdonable. Mi amigo percibió enseguida mi inquietud e hizo lo posible por tranquilizarme. Me dijo primero que

mi aspecto era deplorable, lo cual era por otro lado un feliz indicador de que al fin iba llegando al fondo de aquella historia atroz. Lejos de apaciguarme, sus palabras avivaron mi confusión y mi rabia. —¿Sabía usted que a Memmie le fue negado consagrarse a la vida religiosa?—, le pregunté. Monsieur La Condamine asintió, y en su lacónica respuesta constaté cuán al tanto estaba del aberrante dictamen del confesor de la muchacha. Entonces le pregunté a mansalva por qué falta se había condenado a la muchacha. Borrada la sonrisa, mi amigo me indicó que tomase asiento. — La otra niña —respondió—. La pequeña niña negra—. Acto seguido me confesó que él mismo, instruido hacía varios años por el duque d'Orleans y la reina María, había viajado a Chalons para indagar por el destino de la negrita que acompañara a Memmie Le Blanc en los tiempos de su vida salvaje. Con paciencia de santo investigó, preguntó y excavó en la historia de la región en busca de una señal, por mínima que fuese, de la suerte que habría corrido aquella otra niña tras separarse de Memmie. Finalmente supo que la niña había sido hallada exánime y con el cráneo destrozado en el bosque no muy lejos de Chalons. Hasta allí habían llegado sus pesquisas, cuyos resultados transmitió de inmediato a los protectores de Memmie, quien por entonces aún vivía en el Couvent des Regents. Como era de esperarse, la noticia sacudió profundamente a los involucrados, ya no sólo en lo que hacía a la muerte de la negrita, sino por el hecho inquietante de que Marie-Angélique Le Blanc podría haber deformado su versión de lo ocurrido desde el momento mismo en que fue capaz de formularlo. La niña, en suma, podría haber mentido desde un principio, lo cual, en opinión de La Condamine, sería un signo preclaro de que su conciencia era plenamente humana y culpable aun antes de que el lenguaje le diese la oportunidad de contar la verdad sobre la muerte de su compañera.

Poco después de aquel descubrimiento, el padre Tiffauges decidió confrontar a Memmie Le Blanc con el asesinato de la pequeña niña negra. Pero la muchacha no dio señales de comprenderle, menos aún de arrepentirse. De acuerdo con el testimonio de su confesor, la niña entonces no quiso o no pudo comprender que había cometido un crimen. De nada sirvió que el sacerdote le explicase las dimensiones de esa falta o la amenazara con el fuego eterno. La niña, aseguraba el párroco, se veía ciertamente asustada y confundida, pero en modo alguno dispuesta a humillarse ante Dios para pedir su perdón. Por eso le prohibieron vestir los hábitos, me explicó años después La Condamine. Aun sin comprender aquella negativa, Memmie la acató con la misma sumisión con que solía aceptar todo lo que buenamente quisieran imponerle quienes la habían sustraído de la vida animal. No obstante, a partir de ese momento Marie-Angélique Le Blanc comenzó a extinguirse como si una sombra gigantesca la envolviese gradualmente con el claro propósito de asfixiarla. Se volvió huraña y reticente a convivir con sus hermanas de claustro, descuidó su cuerpo y sus devociones, y acabó por convertirse en una suerte de alma en pena a la que nadie sabía cómo tratar. En ese tiempo sus últimos protectores murieron o simplemente se alejaron de ella hasta que sólo quedaron para procurarla las monjas del Couvent des Regents. En septiembre de ese mismo año, Marie-Angélique Le Blanc cayó enferma y fue trasladada a París, donde luego contaría su vida a madame Hacquet. Con un esfuerzo sobrehumano, monsieur La Condamine se las ingenió para instalarla en el edificio de la rue Guénégaud. Desde entonces la muchacha vivía allí, mustia, silenciosa, atormentada.

Al contar esta última parte de su historia, mi amigo cerró los ojos en un gesto que no supe si era de cansancio o de tristeza. Pensé en preguntarle muchas cosas sobre el origen del lenguaje y la consciencia, pero lo único que pude preguntar fue qué opinaba ahora del destino que él mismo había ayudado a forjar para Memmie Le Blanc. Al oír esto monsieur La Condamine me indicó con una sonrisa lastimera que entendía y acaso agradecía mi sarcasmo. —La culpa, querido

Burnett –musitó–. La maldita culpa–. Y parpadeó con la vehemencia de quien busca espantar de su memoria un alud de recuerdos insoportables.

CIRCE EN GALÁPAGOS

Rugarza casi agradeció a su mala estrella que la radio del *Bolívar* estuviese averiada. Le bastaron cuatro segundos de estática para renunciar a la esperanza de comunicarse con el guardacostas. Ahora al menos tenía un pretexto para aplazar la noticia del hallazgo del cadáver y encerrarse en su camarote con la orden de que no lo molestasen hasta amarrar en Gran Baldón. Con un poco de suerte, para entonces el guardacostas y sus gendarmes de tierra estarían ya tan borrachos que dejarían para mañana el papeleo que iba a exigirles aquel asunto. Sólo así los tripulantes del *Bolívar* tendrían la noche libre para distraer el pasmo que les ahogaba desde que reconocieron la monda calavera de Clarisse Von Heller tomando el sol en la última isla del archipiélago.

El arrullo de la ginebra acompañó a Rugarza mientras redactaba su informe. Al principio las palabras fluyeron como diluidas en una solución salina, luego se endurecieron y finalmente se secaron en la punta de su pluma. Rugarza sintió que la cabeza se le apartaba del cuerpo. No había concluido el primer folio cuando empezó a arrepentirse del tono oficioso con que había descrito la postura del esqueleto, la longitud de la cuerda que lo ligaba al árbol, el calibre del revólver que habían hallado colgando de su cuello y que ahora reposaba en su mesa de trabajo, minúsculo, oxidado, metido en una bolsa de plástico como si en verdad fuese posible encontrar huellas dactilares en un objeto que habría estado por lo menos veinte años expuesto a la intemperie.

Asqueado al fin, Rugarza dejó de escribir para rebuscar en su libreta un vestigio de emoción, el orgullo pueril de quien décadas atrás habría dado cualquier cosa por toparse con Clarisse Von Heller, viva de milagro o muerta sin perdón, pero siempre y ostensiblemente en cueros. Durante años los viejos del puerto habían colmado su imaginación adolescente con aquella legendaria desnudez, quizá la misma que ahora estimulaba el horror y el deseo de los jóvenes marineros del *Bolívar*. Desde que abandonaron el islote Rugarza les había prohibido mencionar siquiera a la Alemana mientras no estuviesen seguros de que aquel esqueleto era el suyo. Sabía sin embargo que esa orden no se cumpliría, y que no debía esforzarse mucho para oírles invocar sobre cubierta los rumores, los detalles y las versiones que él mismo había oído decir a los viejos en ese tiempo remoto, cuando las nuevas de la debacle del paraíso isleño fundado por Clarisse Von Heller se extendieron como plaga en el archipiélago. El golpe de las olas contra el casco del *Bolívar* ahogaba las voces de sus hombres, desquiciaba el tiempo y era de pronto su abuelo quien clamaba en su memoria: «te lo dije, chico, te dije que allá en la Isla de los Grajos se volverían locos, te advertí que tantos extranjeros juntos y tanta promiscuidad no podían traer nada bueno».

¿Promiscuidad?, se preguntó años después Rugarza frente al informe que no pensaba concluir. ¿Dónde habría aprendido semejante palabra un humilde pescador de las Galápagos? ¿De dónde la habría sacado también aquel tortuguero peruano que juraba saberlo todo sobre la Alemana y que se jactaba de haber llevado a Clarisse Von Heller hasta la Isla de los Grajos? Decía el peruano que él mismo le había visto desnudarse, arrojarse al agua y alcanzar la isla a nado como Dios la trajo al mundo. Una valquiria, señores, decía, nuestra madre Eva en pelota, aunque claro, ya saben ustedes cómo acaban esas cosas. ¿Cómo acaban?, inquirían al oírle Rugarza y los demás muchachos del puerto sin que nadie se aviniese a responderles, por pudor, por recelo o simplemente porque a los isleños les faltó imaginación para prever de qué manera los hombres que formaron el reino de la Alemana habían de hallar la muerte o la locura.

Rugarza recordaba por lo menos tres versiones de lo ocurrido, cada una tan difícil de creer como la otra. Unos decían que la Alemana había secado el tuétano y el alma a sus vasallos a puro golpe de lujuria. Otros pensaban que los hombres de la Isla de los Grajos se habían matado entre sí por la cizaña que esa arpía había sembrado entre ellos a lo largo de los cinco años que duró su insular imperio de lascivia. Muchos más estaban convencidos de que Clarisse Von Heller, cuya afición herbolaria fue atestiguada por más de uno, los había envenenado con un potaje alucinante de hojas cólidas e hígado de iguana.

Ninguna de estas versiones fue jamás comprobada o desechada por completo. En cualquier caso Rugarza no creía haber oído nada concreto sobre las razones que un día de tantos empujaron a la Alemana a despreciar a sus vasallos y esfumarse para siempre del archipiélago. Ni aun el peruano se atrevió jamás a explicar esa parte precisa de la historia. Su minucia al relatar la llegada de la Alemana a la Isla de los Grajos contrastaba drásticamente con su mutismo en el momento de decir cómo había acabado aquella aventura. Cuando se lo preguntaban, el tortuguero se encogía de hombros y prefería volver sobre sus pasos contando hasta el cansancio cómo aquella diosa ecuatorial bajaba desnuda hasta la playa para recibir a los jóvenes rubios y perfectos que cada tres meses eran llevados a sus brazos. Según los cálculos dudosos del cronista, en los años que duró la guerra europea su embarcación condujo hasta la isla unos cuarenta hombres, siempre recios y hermosos, todos desmedidamente ávidos de saciar a la Alemana en una orgía que ya imaginaban interminable. Llegaban en pequeños grupos a Gran Baldón, se hospedaban donde los chinos, bebían sólo agua destilada y al día siguiente abordaban la embarcación del peruano, que en cinco horas los llevaba hasta el feudo isleño de Clarisse Von Heller. Decía también el tortuguero que en el trayecto los jóvenes apenas hablaban, aunque bien se les notaba una ansiedad de azogados tan explicable como contagiosa. Más de una vez, según lo confesaba él mismo cuando el trago se le iba a la cabeza, el tortuguero sopesó abandonar su barca y quedarse para siempre en aquel remedo tumultuario del Edén. Pero ese privilegio, concluía, le estaba vedado. Cualquiera sabía que los habitantes de la Isla de los Grajos habían sido señalados por su reina, elegidos o llamados mágicamente por su canto a través del mar y de la guerra. Dorados, ávidos e intachables, los clientes del peruano no parecían de este mundo. Sólo así podrían haber merecido la suerte y la desgracia de desembarcar en esa isla cuyos misterios no estaban reservados para el común de los mortales.

* * *

Al principio el esqueleto no fue más que una mancha en la distancia, un engaño atendible en las pupilas de quienes llevaban demasiadas horas patrullando un mar rutilante. Bien podría haber sido un grupo de gaviotas impasibles en un islote a escasas millas de la Isla de los Grajos, acaso un tocón bañado de excrecencias animales que Rugarza prefirió primero pasar por alto. Pero a eso de las tres una corriente insidiosa empujó la embarcación hacia el islote. Según se aproximaban los navegantes descubrieron que la mancha en el tocón tenía ojos, o peor, que los había tenido, pues de pronto fue la hondura de dos cuencas como abismos lo que les heló la sangre. Que me cuelguen si eso no es un muerto, maldijo el marinero más joven y de vista más aguda. O una muerta, completó a su pesar el teniente Estébez mientras Rugarza bufaba encajando los ojos en los binoculares.

De modo que ya era otra la inquietud de los marinos cuando al fin desembarcaron en el islote. El esqueleto estaba efectivamente atado a los restos de un árbol y llevaba al cuello un

objeto centelleante en el que Rugarza fue reconociendo los contornos de un revólver muy pequeño. En vano buscaron una embarcación abandonada, otro cuerpo, un náufrago culpable, viejo o demente. El teniente Estébez hizo cuanto pudo por desatar intacto el esqueleto, pero este se desmembró en sus manos con un desbarajuste de huesos y matas secas de cabello que debió ser rubio. Rugarza entonces suspiró, resignado a perder en pormenores burocráticos un sábado que había imaginado apacible en las tabernas del puerto. Luego desvió los ojos y reconoció en el horizonte las precarias crestas de la Isla de los Grajos. ¿Y ahora qué hacemos con esto, capitán?, le preguntó Estébez sacudiéndose las manos frente al esqueleto dislocado. Sé lo que están pensando, cabrones, musitó Rugarza, y les advierto que no quiero oír una sola palabra sobre la Alemana. Después dijo que embolsaran los huesos y los llevaran al barco. Ya verían lo que tenía que decir a eso el guardacostas Mogrovejo. El teniente Estébez titubeó un instante, como si el capitán le hubiese hablado en un idioma desconocido, pero finalmente dijo sí, señor, y se alejó del lugar.

Rugarza se quedó un minuto solo junto a los restos de la Alemana. Hacía rato que su mente estaba ya en otra parte. Y en otro tiempo, quizá en el día en que él y el propio Estébez, todavía muchachos, charlaban en el Faro de Santa Bárbara cuando avistaron una balsa y corrieron a avisar a las autoridades. Ninguno de los dos sabía entonces que la embarcación venía de la Isla de los Grajos y que en ella viajaban hombres más muertos que vivos. Sólo más tarde, cuando bajaron al muelle, pudieron ver aquellos cuerpos desmedidamente hinchados, sus torsos gordos, sus vergas flácidas, aquel montón de piel rosácea castigada por el sol ecuatorial. Esa misma noche un gendarme les contó que aquellos náufragos venían del reino indómito de la Alemana, de donde habían huido cuando percibieron los primeros signos de una extraña enfermedad. Encendido por la fiebre, el único sobreviviente de la balsa había contado a las autoridades de qué manera la Isla de los Grajos se había ido transformando en un infierno. Fascinados por su diosa rubia, los hombres habían comenzado a competir por sus favores. Al principio la pugna había sido cordial y aun amorosa. Pero un día la Alemana se apartó de ellos, cubrió su desnudez con una holgada túnica de manta y los dejó a su suerte. Entonces el deseo insatisfecho sembró entre los hombres un ansia sodomita que acabó en violento ritual de hombres insaciables, que se entregaron unos a otros como si impregnándose de sí mismos pudiesen alcanzar la perfecta hermosura de su reina. Aquel acuerdo funcionó por unas semanas, hasta que los encuentros devinieron en vejaciones y los más débiles fueron sucumbiendo al deseo de los más fuertes sin que estos hallasen ningún consuelo en aquellos, que fueron los primeros en sucumbir a la peste. Mientras tanto la Alemana seguía intocable, encerrada en algún lugar remoto de la isla, seguramente complacida con el desorden que había causado.

Los convirtió en bestias, aseguraba el gendarme citando a medias al sobreviviente de la balsa. A lo que su joven auditorio apenas pudo reaccionar con la intuición de un horror secreto e incomprensible. Rugarza supo después que aquel último náufrago había muerto presa de indescriptibles dolores, y que su cuerpo hinchado y rosáceo había sido enterrado con los de sus compañeros en una fosa común tan amplia que no parecía albergar cuerpos humanos sino auténticas esferas de carne inexplicablemente infladas por el aire, el deseo o la muerte.

* * *

Para el lunes el guardacostas Mogrovejo se encontraba ya abismado en una depresión alcohólica sin precedentes. El día de antes había discutido con Rugarza porque este había

apartado el cuerpo del lugar de los hechos. A su entender, aquello había sido una estupidez, y con eso justificaba su negativa para dar parte de los hechos a sus superiores. Rugarza no insistió ni se ofendió con el rapapolvo del guardacostas: cualquiera que conociese la historia de la Alemana sabía que su esqueleto aún podía causar innumerables problemas que era mejor evitar. Qué tipo de problemas era algo que ni Rugarza ni Mogrovejo eran capaces de establecer. Lo único cierto era que algo había quedado inconcluso en el asunto de la Isla de los Grajos, algo acaso más inquietante de lo que hasta entonces se sabía o se pensaban que había ocurrido con Clarisse Von Heller y su ejército de bellísimos consortes.

Poco después de la llegada de la balsa de los muertos, pasó por Gran Baldón un nuevo grupo de extranjeros dispuestos a alcanzar la Isla de los Grajos. Esta vez los visitantes eran distintos. Aquella comitiva venía encabezada por un hombre maduro, de modales refinados y mirada torva. Le acompañaban dos enfermeras germanas de rostros tan duros que parecían tallados en piedra por un artista agonizante. Lejos de inquietarse con la advertencia de que había una epidemia en la Isla de los Grajos, los viajeros insistieron en llegar allí como si sólo ellos tuviesen el remedio para el mal. Sin hacer preguntas el tortuguero los llevó hasta la isla, donde fueron recibidos por la Alemana, que efectivamente había cubierto su cuerpo y estaba ya visiblemente preñada. Años más tarde el tortuguero recordaría aquel encuentro con un estremecimiento, sobre todo por la veneración que la soberbia Clarisse Von Heller mostró a sus nuevos visitantes. Afirmaba el peruano que el hombre y las dos mujeres se habían metido en el reino de Clarisse Von Heller como si todo en él les perteneciera. Como si la isla, sus habitantes deformes y su única reina telúrica fuesen no sólo de su propiedad sino fruto inmaculado de su imaginación.

* * *

Para sorpresa de Rugarza, el martes llegó a Gran Baldón un médico forense enviado con urgencia desde tierra firme. El hombre se presentó muy temprano en las oficinas del guardacostas, y al ver que este no estaba en condiciones de asistirle, solicitó amablemente a Rugarza que estuviese presente en la autopsia, lo cual hizo el capitán de muy buen grado.

El forense era un viejo tembleque que no dejó de hablar mientras analizaba el esqueleto con mal disimulado interés. Rugarza había resuelto ahorrarle los antecedentes del caso, pero enseguida se dio cuenta de que el médico los conocía tanto o mejor que él. Sin detenerse un instante en su escrutinio del esqueleto, el forense le habló largamente de la Alemana, enunciando partes inéditas de su pasado, un pasado remoto del que ni siquiera Rugarza tenía noticias. Le dijo primero que Clarisse Von Heller no era propiamente alemana, sino austriaca, y que su juventud había estado marcada por la decadencia, la desgracia y la seducción. Le contó también cómo la mujer se había abierto paso entre la breve aristocracia de Weimar y luego entre los oficiales del Nacional Socialismo, que quisieron ver en ella la encarnación misma del sueño ario. No era difícil entender que aquella beldad había llegado a las Galápagos apadrinada por sus amantes de entonces, y que de alguna forma estos habían intervenido también en el reclutamiento de sus jóvenes vasallos durante la guerra. Poco más podía añadir el médico que Rugarza no supiese ya, como no fuera el rumor de que una noche Clarisse Von Heller había sido finalmente arrebatada de su isla y ejecutada sin motivo aparente por sus mentores en alguna parte del archipiélago.

Rugarza escuchó al forense sin apartar la vista de sus manos temblorosas, unas manos de viejo que sin embargo medían y raspaban el esqueleto con una inusitada agilidad. Después pensó

que habría debido preguntarle muchas cosas a aquel hombre, pero algo en él le hizo recelar. Su palidez, su presteza para presentarse en Gran Baldón, su acento exageradamente continental, su manera de hurgar aquella osamenta como si se tratara de un objeto demasiado familiar, un mecanismo de relojería en el que acaso esperaba hallar más confirmaciones que sorpresas.

Al terminar la autopsia, el médico sorprendió a Rugarza con la novedad de que aquel cuerpo no había pertenecido a una mujer, sino a un hombre caucásico de cincuenta y tantos años de edad, asesinado al parecer con un revólver de bajo calibre aunque extremadamente eficaz. Mientras se lavaba las manos el forense anunció al consternado Rugarza que aquel dictamen sólo complicaría más las cosas. Hágame caso, capitán, le dijo, ahórrese dolores de cabeza y permítame ayudarle. Acto seguido le ofreció redactar un informe forense donde constara que aquel cuerpo había pertenecido a una mujer de treinta años, muerta hacía unos veinte, no a causa de heridas de bala, sino probablemente de parto. Añadió que aquello bastaría para cerrar el caso, siempre y cuando Rugarza accediera a entregarle el esqueleto, pues él conocía a algunas personas que pagarían muy bien por que les permitiesen conservar aquella reliquia. Dicho esto, el viejo guardó su instrumental y se marchó dejando en manos de Rugarza una tarjeta con la ambigua dirección postal de un pueblo uruguayo de nombre selvático e irretenible.

Santiago de Querétaro, 2005 - Ciudad de México, 2007

REFERENCIAS

Sobra indicar que los textos que conforman esta nueva entrega de la *Micropedia* están en deuda, como la anterior y acaso como cualquier libro, con una caterva de títulos y autores entrañables. En este caso, debo poner a la cabeza de ellos *Living Dolls*, obra excepcional de Gaby Wood, a quien debo, entre otras cosas, el gusto de haber conocido la historia del autómatas de Kempelen, así como la desastrosa obsesión de Edison por crear una muñeca parlante. La no menos estremecedora historia de la pequeña Mary Anning y su talento para desenterrar fósiles del cretácico proviene de *A Short History of Nearly Everything*, obra de Bill Bryson que a estas alturas no necesita ningún tipo de presentación o laudo. Si bien imaginaria, mi fe en una tercera versión de Alicia se origina en la bien conocida antología gráfica de Derek Hudson sobre la obra carrolliana, la cual procuro con respeto refrasear en el cuento. La odisea isleña de Clarisse Von Heller me fue dada por el libro *Latitude Zero*, de Gianni Guadalupe y Anthony Shugaar, mientras que la tragedia de Marie-Angélique Le Blanc, la niña salvaje de Chalons, surge del acucioso recuento que de los niños ferales ha hecho Michael Newton en su *Savage Girls, Wild Boys*. Por insólito que pueda resultar, la empresa de Thomas Pyne y sus Pólizas de Seguro sobre el Sexo del Caballero D'Eon no son, por desgracia, producto de mi más bien pobre imaginación, sino un hecho histórico oportunamente registrado por Stevens en su libro *Los masones*. El resto de estos cuentos tiene desde luego deudas que mi memoria o mi consciencia no alcanzan a recordar. En todo caso, les quedo agradecido y añadido en su descargo que la plena responsabilidad de estas transgresiones, bien que mal, no puede ser de nadie más sino mía.

Agradezco asimismo al Sistema Nacional de Creadores de Arte por su inestimable apoyo para realizar esta y las restantes entregas de la *Micropedia*, y en particular a los jurados del Premio de Relatos NH por el reconocimiento que en su momento dieron al texto con el que doy inicio a este libro, así como al jurado que concedió el xxi Premio Internacional de Relatos Policiacos Semana Negra al texto «Viaje al fondo de una chistera», también incluido en este volumen.